



CURTIS GARLAND

EL GATO QUE RIE

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCION

356 —La aldea muerta —Ralph Barby.
357 —Una cripta para Jezabel —Curtís Garland,
358 —Contrato satánico —Clark Carrados
359 —Vencida por el espanto —Ada Corettí

360 —El mal infinito —Clark Carrados

El Gato sonrió al ver a Alicia. Parecía tener buen carácter, consideró Alicia; pero también unas uñas *muy* largas y un gran número de dientes, de forma que pensó que convendría tratarlo con el debido respeto.

—Minino de Cheshire —empezó algo tímidamente, pues no estaba del todo segura de que le fuera a gustar el cariñoso tratamiento; pero el Gato siguió sonriendo más y más…

Lewis Carroll, *Alicia en el País de las Maravillas*

CAPITULO PRIMERO

Su nombre era Alicia Kendall, y acababa de cumplir los veinte años.

No era, pues, una niña como la heroína del famoso cuento de Lewis Carroll, que tanto éxito había tenido en toda Inglaterra desde su primera aparición en 1865, por MacMillan Editores, de Londres. Sin embargo, el delicioso relato era su favorito, y ahora mismo estaba hojeándolo, distraída, examinando las ilustraciones de Jonn Tenniel, que con el tiempo llegarían a ser clásicas, y complemento indispensable para leer la fábula creada por el reverendo Charles Lutwidge Dodgson, cuyo auténtico nombre casi nadie conocería en el futuro, y sí su seudónimo de Lewis Carroll.

Alicia Kendall era una joven dada a soñar y a imaginar cosas, y en eso sí se parecía a la Alicia del cuento, aunque ella nunca tuvo la ocasión maravillosa de encontrarse a un conejo presuroso a la orilla de un río, y poder llegar, persiguiéndole, hasta el País de las Maravillas. Sus sueños debían, pues, limitarse como los sueños de tantos otros seres humanos, a imaginar que más allá de la rutina y la monotonía de la existencia real, podía haber algo más fantástico y divertido, infinitamente menos gris y aburrido que la vida cotidiana.

Ella pensaba en ello firmemente, y eso era como una especie de remoto resquicio de esperanza para una existencia que consideraba vulgar, carente por completo de emociones. La sola idea de imaginar que algún día pudiera ser heroína o protagonista de algo realmente insólito y fascinante era lo que alimentaba en mayor grado sus ilusiones juveniles, aunque a veces el raciocinio se imponía fríamente a toda ilusión, y terminaba por resignarse a que todo siguiera igual en aquella aburrida sociedad victoriana en la que había nacido y crecido, rodeada de prejuicios, de represiones y de hipocresías.

Porque su mundo, cuando menos, era brillante. Eso debía ser ya algo para cualquier muchacha, porque Alicia no era de las que ocultaban voluntariamente sus ojos a la realidad, y sabía que más allá del elegante East End donde ella residía con su familia, sus parientes y amigos, existía *otro* Londres infinitamente menos brillante y hermoso, más triste y miserable, donde la gente vivía rodeada de basuras, de suciedad, de hambre y de privaciones, en una de las sociedades más injustas que se podía imaginar.

Sin embargo. Alicia no podía dejar de pensar en ese otro sector social, humilde, pobre y carente de lo más indispensable que se hacinaba particularmente en zonas como Blackfriars, Spitalfields, Whitechapel e incluso parte del céntrico Soho.

A veces se preguntaba si ero justo que ellos dejasen sobras capaces de formar el festín más maravilloso para cualquier habitante de ese

otro Londres sumido en la más abyecta pobreza, si era justo que su familia tuviera tres carruajes diferentes y varios tiros de caballos para pascar por Mayfair o por los alrededores de la capital, y si no les bastaría con su casa de Berkeley, en vez de disponer, además, de dos fincas amplias y suntuosas, una en Stratford On-Avon y otra en Folkestone, ambas con servidumbre numerosa, y casi nunca ocupadas en el año más allá de un mes cada una de ellas. Era mucha la fortuna de los Kendall, los Wilkinson, sus parientes más cercanos, o los Beadle, los más lejanos, como lo era la de sus amigos íntimos, los Stonewall o los Forresham. Pero así estaba hecha la sociedad en la que ella había venido al mundo, y no podía renunciar a ella sólo por escrúpulos de conciencia.

Tal vez por huir de ese mundo real que la angustiaba e inquietaba, se refugiaba tantas veces en la quietud de su biblioteca o en la soledad del jardín, para sumergirse en la delirante fantasía del relato de Carroll o de obras de ficción, parecidas, casi siempre de una gran imaginación, de hechos imposibles en lugares lejanos y maravillosos, como una evasión a sus propias limitaciones imaginativas.

Por entonces, precisamente, anunció su regreso de la India su tío Gart.

Cuando Alicia supo que tío Gart venía a Londres, sintió una emoción indescriptible. Estaba segura de que, con él, algo maravilloso y nuevo llegaría a la casa. Sería como un soplo exótico de renovación fascinante. Venía de tierras lejanas, donde había pasado años de su vida, pero eso no era todo. Alicia recordaba bien a su tío Gart, pese a que no había vuelto a verle desde que tenía diez años. Los diez restantes, los había pasado Gart Kendall entre los hindúes, en el Imperio colonial, formando parte de una guarnición fronteriza, enfrentada a los rebeldes independentistas, según creía recordar Alicia por las cartas que, de vez en cuando, llegaban a Londres desde aquella remota tierra oriental. Últimamente, según recordaba, tío Gart había sido capitán de los Khyber Riffles, hasta que una herida de guerra le tuvo hospitalizado un tiempo, y habían terminado por concederle la licencia y el retorno a la patria.

—Dentro de un mes, aproximadamente, tendremos aquí a Gart —había dicho su madre, con tono complacido—. Primo Gart nos llenará de historias fantásticas, de relatos increíbles, estoy segura. Siempre fue así. Y viniendo ahora de la India, con más motivos. Siempre ha sido un soñador. Espero que nos haga pasar horas inolvidables.

Alicia se había estremecido de gozo al oír eso. Tío Gart era como esa esperanza lejana que ella había alimentado secretamente tamo tiempo. Tío Gart, con su caudal inagotable de fantasía y sus experiencias vividas en un país tan misterioso y fascinante, iba a ser como un soplo de aliento vital y fresco en su aburrida existencia,

estaba segura de eso.

Desde ese día, contó impaciente las fechas, esperando que el tiempo transcurriera deprisa, y tío Gart llegase cuanto antes a Londres.

Alicia Kendall no podía saber entonces que, junto con todo aquello que ella esperaba tan impaciente e ilusionada, un ramalazo de horror sacudiría su vida con la tuerza de una tempestad sombría y terrible. Que no sólo iba a adentrarse en un inimaginado mundo de fantasía sino también en un clima de angustia de terror, de sangre… y de muerte.

Pero claro, ¿cómo podía ella sospechar siquiera en esos momentos que tal cosa pudiera suceder?

¿Cómo imaginarse que los sueños de evasión de la Ingrata realidad Iban a convertirse en una pesadilla espantosa?

*

Tío Gart llegó a los treinta y siete días de anunciar su regreso.

Todos habían ido a esperarle al muelle. El buque de la Marina de Su Majestad hizo su arribada en medio de eran entusiasmo popular. Muchos hombres que prestaban sus servicios en ultramar, en las colonias del Imperio, regresaban a casa a bordo de aquel navío. Los había licenciados, heridos e incapacitados para la lucha. Descendieron la pasarela en medio del entusiasmo popular.

Tío Gart no parecía sufrir herida seria alguna. Solamente cuando piso el suelo del muelle, Alicia advirtió en él una ligera cojera, así como el bastón de caña que llevaba en su mano derecha, para apoyarse con mayor firmeza en tierra.

Eso no le haría perder arrogancia ni marcialidad. Su figura se mantenía erecta, dominadora, y el sol de la India había teñido su piel de un color bronce oscuro, que hacía realzar más aún el brillo vivaz de sus penetrantes ojos azul oscuro.

Mientras su madre y sus tíos abrazaban a Gart con entusiasmo, Alicia se quedaba más atrás, a la espera, mirando fascinada a aquel hombre todavía joven, de sienes plateadas, de facciones viriles y atractivas, de mirada profunda y porte aristocrático, que sonreía con facilidad, exhibiendo la blancura de sus dientes perfectos e iguales.

Por un momento, pese a todo ello, sintió cierta decepción. Tío Gart era distinto en su recuerdo. Sin aquellas canas, sin aquel tono oscuro en su piel. Claro que entonces ella tenía diez años, y por tanto él también contaba diez años menos y no había estado sometido a un clima tropical. Ahora, tío Gart casi le doblaba la edad. Eso, para una chiquilla que guarda un recuerdo romántico de su joven tío, resultaba en cierto modo decepcionante.

De repente, se estremeció. La mirada de su tío se había fijado en

ella.

Aparto a todos sin muchas contemplaciones, y camino resueltamente hacia ella, deteniéndose con expresión peculiar, su mirada muy fija en los ojos verdes de la muchacha.

—Tú eres Alicia, ¿verdad? —y más que una pregunta, era una afirmación, tal como él lo decía.

—Sí, tío Gart —afirmó ella lentamente—. Soy Alicia…

Se quedó inmóvil, y la sonrisa asomó a sus labios con mayor énfasis. Luego, de repente, la tomó en sus brazos y la rodeo afectuosamente, mientras hablaba con tono dulce y cariñoso:

—Mi pequeña Alicia… Mi sobrina favorita… Te he recordado muchas veces, ¿sabes, querida? Pero no podía imaginar ni remotamente que te hubieras vuelto tan atractiva, tan llena de encantos… y ya toda una mujercita maravillosa.

Alicia no pudo evitar el enrojecer, al hablarle su tío de aquel modo. Notó el beso suave de él en su mejilla, y ella respondió con otro que rozó la piel oscurecida y más áspera del rostro masculino.

—¿No es una criatura encantadora, primo Gart? —sonreía radiante su madre—. Ya ha cumplido los veinte años, ¿lo sabías? Justamente hace dos meses…

—Veinte años… —la miró largamente, con su amplia y cautivadora sonrisa—. Dentro de pocos meses, serás mayor de edad, sobrina. Y podrás incluso elegir al hombre con quien quieras casarte» sin necesidad de que te lo imponga prima Katherine, tu madre…

Rieron todos, y Katherine Kendall, la madre de Alicia, se mostró alegremente escandalizada.

—Oh, primo Gart, qué cosas dices —protestó—. Alicia es una muchacha sensata, y sabe que cuando elija un hombre para casarse, será el adecuado, y yo no podré oponerme, ni siquiera aunque decidiera casarse ahora mismo.

—Veo que te tienen en un inmejorable concepto de muchacha formal y prudente —rió tomando por un brazo a su sobrina, para añadir luego con gesto de reproche—: Cosa que, por otro lado, me decepciona bastante. Nunca creí que una sobrina mía pudiera ser a la vez hermosa, inteligente, formal y prudente. Es demasiado horrible, querida. Si quieres ser feliz, trata de ser rebelde y anárquica. La sociedad de nuestro tiempo te señalará acusadora, pero tú gozarás de la vida, sin importarte los demás lo más mínimo.

—¡Gart! —le reprendió su prima—. ¿Qué clase de consejos son los que das a tu sobrina? ¡Si en Londres te oyen hablar así, son capaces de enviarte de nuevo a la India, para que no corrompas las buenas costumbres!

—Tal vez harían bien en ese caso —aseguró con extraña seriedad repentina Gart Kendall. Luego rió, moviendo la cabeza, y miró a

Alicia, que le contemplaba fascinada—. ¿Sabes una cosa? No dejes que Londres te cohíba y te haga su esclava. Esta odiosa ciudad y su odiosa gente debería ser trasladada en bloque a la frontera hindú o a las selvas donde mora Sher Khan1[1]. Así llaman allí los nativos al tigre de bengala, ¿lo sabías?

—Lo he leído en alguna parte, sí. Creo que en un libro de aventuras…

—¿Te gusta leer?

—Mucho. Sobre todo, temas de fantasía, tío Gart.

—Ah, la fantasía… —entornó soñadoramente los ojos—. Mal sitio este en que vives para dar rienda suelta a tu imaginación, querida. Ya oíste a tu madre. No se pueden corromper las buenas columbres. La fantasía es uno de los modos más corrosivos de atacar a una sociedad decadente, aburrida e hipócrita como la nuestra…

Ella reía, complacida de oír en labios de alguien todo lo mismo que ella pensaba de cuanto la rodeaba, aunque ello escandalizara a su madre, primero cómicamente, pero ya ahora con cierta seriedad. No obstante, su tío Gart parecía dar tan poca importancia al criterio de su prima Katherine como al del resto de la ciudad del Támesis y la sociedad inglesa en general.

Fue una tarde encantadora para Alicia. Tío Gart se ocupó más de ella que de ningún otro miembro de la familia. Parecían compenetrarse ambos sorprendentemente, y su tío volvía a demostrar que, para él, pese al tiempo transcurrido, Alicia seguía siendo su sobrina predilecta.

Cuando llegó la hora de la cena, varias historias maravillosas, vividas por el propio Gart

Kendall, allá en tierras hindúes, habían sido ya narradas a la joven, que, como hipnotizada, escuchaba la fácil palabra de su tío con total abstracción del mundo que la rodeaba

—Y mañana, querida Alicia, cuando baje al jardín a dar un paseo, charlaremos de mil otras cosas que te maravillarán —sonrió su tío, llevándola de su brazo al amplio comedor de la mansión de los Kendall, donde se había preparado ya la mesa como en las grandes solemnidades, con vajillas de porcelana de Lancaster y cubertería de plata con iniciales en oro—. Porque, naturalmente, después de la cena, los hombres nos reuniremos en el salón, a tomar una copa, fumar un cigarro y hablar cuatro estupideces, como indican las reglas. Por ser la primera noche, no quiero defraudar a tu padre ni a tus parientes. Pero, mañana, volveré a ser sólo para ti, sobrinita, ¿de acuerdo?

—¡De acuerdo, tío Gart! —aprobó ella, entusiasmada, con ojos brillantes de excitación, pensando ya en las nuevas maravillas que al otro día brotarían de labios de su tío, para presentar a los ojos de su imaginación, una nueva y policromada imagen de un mundo que ella

desconocía totalmente.

Y así quedó convenido. Al otro día, se reunirían en el jardín, para continuar la charla. Esa noche, los sueños de Alicia estuvieron invadidos por fantásticos paisajes selváticos, cúpulas blancas, turbantes sobre rostro morenos, y rugidos de fieras salvajes. En medio de todo ello, su tío Gart, arrogantemente vestido con el uniforme de los Khyber Riffles, se enfrentaba a los rebeldes hindúes y a un majestuoso y feroz tigre de Bengala.

En ningún momento apareció nada sombrío ni si Diestro en su sueño. Y, sin embargo, la sombra de algo espantoso estaba ya tan cerca, que se cernía, invisible, sobre el lecho donde dormía la joven su agitado sueño de adolescente ilusionada.

CAPITULO II

—«Por último, pensó en cómo sería en el futuro esta pequeña hermana suya, cuando se convirtiera en una mujer, y en cómo se conservaría a lo largo de sus años maduros el corazón sencillo y amante de su niñez: reuniría en torno suyo a otros pequeñuelos futuros y les alumbraría los ojos con las maravillas de otros muchos y curiosos cuentos, quizás incluso con esas mismas aventuras de un ensueño ya lejano; sentiría todas sus pequeñas tristezas y se alegraría con sus pequeños goces, recordando su propia infancia y los alegres días del estío de antaño. Fin de *Alicia en el País de las Maravillas*— terminó Gart Kendall con un suspiro, cerrando el libro que había estado leyendo en voz alta —Es fascinante, tío Gart —musitó la joven, embelesada—. ¡Qué bien lees! Me ha parecido conocer el cuento por primera vez. Era como si todo lo que hay en sus páginas fuese totalmente real.

Su tío se había quedado pensativo, con el libro entre las manos. La mañana era soleada, cosa bastante insólita para el otoño londinense, y la hojarasca ya amarilla iba cayendo por el jardín, como en una escena bucólica extraída del principio o del final de aquel relato.

—¿Lo has leído muchas veces? —preguntó de pronto, sin mirarla.

—¿Qué? *¿Alicia?* Oh, claro que lo he leído. Muchas veces. Lo conozco de memoria. Pero es diferente a como lo lees tú. Esas voces, esos gestos… Es como escenificarlo, tío. —Bueno, me hubiera gustado ser actor —sonrió él, encogiéndose de hombros. Le devolvió el volumen a su sobrina—A mí no me gusta ese cuento.

—¿No? —ella abrió mucho sus verdes ojos—. ¿Por qué?

—No sé… Es como si me asustara un poco.

—¿Asustarte? —Alicia Kendall mostró su perplejidad—. ¿A ti? No hay aquí nada que asuste…

—Sí, claro que lo hay. Es un libro siniestro, diría yo. Todo lo que parece absurdo y divertido, en el fondo es inquietante. Como un sueño en el que las cosas perversas del mundo estén representadas por simbolismos que nada parecen decir. Es cuestión onírica, Alicia.

—No te entiendo, tío.

—A veces soy difícil de entender —sonrió él, moviendo la cabeza—. ¿Te has imaginado realmente a alguien que esté siempre diciendo en tono exigente: «¡Que le corten la cabeza!»? ¿Y a una mujer cantando una nana que invite a pegar fuerte a un niño si se le ocurre estornudar? ¿Y una merienda de locos, donde todos desvarían? ¿Y un gato que ríe?

—Que *sonríe*, tío, no que ríe —le rectificó suavemente ella—Es un juego ingenioso y nada más. Todos sabemos que los quesos de Cheshire vienen en una caja con el rostro de un gato que sonríe. El autor se burla de eso, es todo. Ya sabes lo que dice la Duquesa en el cuento: «Es un Gato de Cheshire, por eso sonríe el muy cochino»…

—Sí, ya lo sé. Conozco bien el libro. Pero sigo pensando que hay algo siniestro en él. Es una idea que me viene de hace tiempo, cuando lo leí por primera vez. Entonces yo tenía muy pocos años. Piensa que hace veinticinco años que se publicó. Lo leí por aquellas fechas. Me dejó un mal recuerdo. Lo encontré cruel, despiadado y maligno.

—No había pensado nunca en algo semejante —musitó Alicia, desorientada.

—Bueno, dejemos eso —cambió de tono jovialmente su tío Gart, y la tomó de una mano, haciéndola levantar del banco—. Hace una mañana algo fría para permanecer aquí. Sin embargo, el sol es delicioso en esta época del año. ¿Qué tal si salimos a dar un paseo en carruaje descubierto por Hyde Park?

—¡Oh, magnifico, tío Gart! —palmoteó la joven alegremente.

—Entonces, ¿a qué estamos esperando? —y tiró de ella, decidido, encaminándose ambos a la puerta de la casa, para alcanzar Ja calle sin pérdida de tiempo.

Poco después, un calesín de alquiler les llevaba por los vericuetos de Hyde Park, en un apacible paseo matinal a la dorada luz del otoño londinense. Era todo tan bucólico y tranquilo alrededor suyo, que Alicia Kendall no podía ni soñar con la proximidad implacable de un horror futuro en el que iba a verse envuelta de modo alucinante, hasta conocer el paroxismo del pánico y de la angustia.

*

—Mí querido tío Gart, estábamos esperando todos vuestro regreso. ¿Es que no recordabais ya que venía a comer con nosotros nada menos que lord Archibald Bersford?

—¡Oh, cielos; lo había olvidado por completo, primo Harvey! —confesó vivamente Alicia, dándose una palmada en la trente—. Soy una temible despistada, sobre todo cuando la fácil charla de tío Gart me hace olvidar de la realidad.

—Tú siempre vives lejos de la realidad, prima Alicia —rió de buena gana el joven Harvey Kendall, moviendo su rubia cabeza rizosa—. Siempre has sido así, y me temo que sigas siéndolo el resto de tu vida, primita…

—Hace bien, Harvey —declaró con cierta sequedad Gart Kendall—. Después de todo, preocuparse de una persona como lord Archibald Bersford, resulta mucho más desagradable y molesto que quedarse al

margen de tan incómoda realidad.

—¿Qué te pasa, tío? —se extrañó su sobrino, poniéndose serio al advertir el frío tono que había empleado Gart al hablar—. Parece que no simpatizaras demasiado con lord Bersford…

—¿Demasiado? —gruñó Gart secamente—. Yo diría que nada, sobrino.

—Oh, ahora recuerdo que estuvo también destinado en la India, hasta hace tres meses, en que regresó de allí —dijo Harvey, con su habitual tono voluble—. ¿Es que os ocurrió algo durante vuestra estancia en las colonias, tío Gart?

—Mejor será que no hablemos de eso —cortó agriamente Gart Kendall—. Si nos esperan para el almuerzo, no les hagamos esperar más. Vamos allá.

Alicia no pudo dejar de notar durante la comida que efectivamente, el trato de lío Gart con lord Archibald Bersford, no podía ser más frío ni más seco, limitándose a la obligada cortesía que entre personas de su condición era exigible, sin ir ni un paso más allá. Lady Anne Bersford tampoco recibió mucho mejor trato por parte de Gart Kendall, ni pareció ella sorprenderse por tanta frialdad.

Aparentemente, también su primo Harvey advertía esa falta de calor ambiental en la mesa, y sólo Katherine, la madre de Alicia, parecía vivir totalmente ajena a lo que sucedía en torno suyo. Selwyn, el padre de la muchacha, se hallaba ausente de Londres por motivos financieros, y era Gart quien, como hombre de más edad de la familia, ocupaba su puesto ahora, junto a su prima Katherine.

En un momento de la comida, hubo un detalle particularmente tenso, que pareció a punto de desembocar en un incidente abierto. Fue cuando lady Anne se dirigió a Gart, preguntándole:

—¿No sabe nada de su pariente Nathan Kendall últimamente, Gart? He oído decir que también volvía de la India, a la metrópoli, de un momento a otro.

Los ojos de Gart se clavaron fríamente en la dama. Esta había hecho la pregunta en un tono ligeramente festivo, con una media sonrisa, que, a juicio de Alicia, tenía mucho de irónica. De soslayo, la joven captó también un destello burlón en los ojos de su esposo, lord Archibald, que no quitaba la mirada de Gart, como esperando su reacción ante la pregunta.

Este enarcó las cejas, y sus ojos se fijaron en los Bersford con una expresión que hizo temer a su sobrina lo peor. Era evidente que la mención de Nathan Kendall había crispado a Gart más aún de lo que estaba y que por una u otra causa, la sola presencia de su nombre en la reunión, hacía a su tío el efecto de un pistoletazo en el pecho.

—Mi querida lady Anne, el joven Nathan Kendall puede haber regresado a Londres o haberse ido al infierno, sin que a mí me

preocupe lo más mínimo su suerte.

—¡Gart! —terció Katherine, sorprendida por la reacción de su primo—. ¿Cómo puedes hablar así de un miembro de la familia, aunque sea lejano? De acuerdo que Nathan es sólo hijo adoptivo de nuestro primo Doyle, que lo es en tercer grado y que apenas tiene trato con la familia, pero aunque su sangre no sea la de un Kendall, su apellido sí lo es.

—Querida prima Katherine, he conocido en una ocasión a Nathan Kendall en la India, y te aseguro que no me quedaron más ganas de volver a verle o de saber de él en toda mi vida —cortó secamente Gart, volviéndose hacia ella—. Y creo que lady Anne y lord Archibald lo saben tan bien como yo. Por tanto, la pregunta la encuentro algo impertinente, eso es todo.

—Gart, ese comentario es ofensivo, en especial para mi esposa —se soliviantó lord Bersford, irguiendo su canosa cabeza con arrogancia ofendida—. Supongo que no habrá querido decir que ella puede ser una impertinente…

Gart se contuvo por unos segundos. Sus ojos helados se clavaron en el aristócrata y, por un momento, Alicia temió lo peor. Con su cubierto en vilo, esperó el desenlace de la tensa situación, pensando que su tío Gart iba a cometer una grave falta de corrección con unos invitados. Por su parte, algo sonriente. Harvey asistía al duelo dialéctico sin parecer alarmarse por él. Era obvio que le divertía la situación, tanto como inquietaba y molestaba a Alicia.

—Por supuesto, lady Anne —dijo Gart con exquisita cortesía, inclinando su cabeza levemente—. Jamás estaría en mi ánimo ofender a una dama. Si mis palabras la pudieron molestar, las retiro y le pido mis disculpas por ellas. ¿Cómo podría yo ofender a quien no pretende ofenderme a mí con sus preguntas?

La indirecta era clara. Lady Ann se mordió el labio inferior, fingiendo enjugarse la boca con una servilleta para disimularlo. Pero ahora era ella misma quien estaba en situación difícil, gracias a la esgrima verbal de Gart, y tuvo que dar marcha atrás, con aparente cordialidad.

—No tiene que disculparse, Gart —dijo, sonriendo forzada—. No me ha ofendido lo más mínimo, se lo aseguro. Si ese joven Nathan no es santo de su devoción, comprendo que le irritara su sola mención. Es un error que no volveré a repetir, se lo prometo.

Lo peor había pasado. Gart Kendall salvó la situación con elegancia, pero Alicia estuvo desde ese momento profundamente intrigada. ¿Qué podía molestar tanto *A* su tío, para que una breve alusión a un pariente lejano y poco conocido, le irritase de tal modo?

La primera ocasión que tuvo para preguntárselo fue cuando ya no estaban lord y lady Bersford en la casa de Berkeley, y Gart paseaba

por la biblioteca con un libro en sus manos y el gesto pensativo.

—Tío, Gart, ¿qué te pasó esta mañana? —quiso saber Alicia, colgándose de su brazo—. ¿Por qué te desagradó tanto que mencionaran a ese pariente nuestro a quien ni siquiera conozco?

—¿A Nathan? —Gart la miró, ceñudo, pero luego esbozó una sonrisa algo forzada al responderle suavemente—: No es una persona de honor. No merece ser un Kendall, eso es todo.

—¿Le viste en la India, acaso? —indagó Alicia, llena de curiosidad aún no satisfecha por el comentario ambiguo de su tío.

—Sí —asintió Gart—. Una vez. Una sola vez. Estaba en el Regimiento de Lanceros de Lahore. No me gustó lo más mínimo. No he vuelto a verlo, ni me preocupa SU suerte, aunque parece ser cierto que regresó a la metrópoli mientras yo estaba hospitalizado en Kanpur con esa herida de la pierna. Por supuesto, no pienso confirmarlo en absoluto.

—¿Ocurrió algo con él, tío Gart? ¿Algo desagradable tal vez?

—Sí, Alicia —la miró fijamente, como si de pronto quisiera sincerarse sólo con ella—. Ocurrió algo muy malo y esa pareja lo sabe perfectamente.

—¿Te refieres a lord y lady Bersford?

—Exacto. No les soy simpático ni ellos a mí. Preguntaron por molestarme. Tuvieron mucha fortuna de estar en esta casa como invitados de mi prima Katherine, tu madre. En otro lugar, el incidente hubiese tenido otro desenlace, querida.

—¿No vas a decirme lo que pasó realmente entre tú y Nathan?

—No, creo que no merece la pena —los ojos de Gart se enturbiaron —. Es una historia nada edificante, Alicia. No te gustaría. Prefiero olvidarla. Es lo mejor, créeme.

—Pero lord Bersford estuvo también en la India, y le acompañaba su esposa. Tienen que saber lo que paso, y lo hicieron a propósito para molestarte…

—Así es. Ellos lo saben, ya te lo dije. Sólo buscan hacerme daño. Lord Bersford fue diplomático del Gobierno de Su Majestad en la India, y le acompañaba allí su esposa. Fueron muy amigos del coronel Hawthorne, mi superior en el Regimiento de Khyber.

—¿El coronel Silas Hawthorne? —preguntó Alicia, sorprendida.

—Sí, el mismo —miró a su sobrina— ¿Le conoces acaso?

—Leí en los diarios, no hace aún seis meses, que era condecorado personalmente por la reina Victoria, tío Gart, en premio a sus merecimientos militares en la campaña contra los rebeldes hindúes. Parece ser que fue un héroe nacional, allá en las colonias, ¿no es cierto?

—Sí, lo fue —asintió Gart, ceñudo—. Es tan buen militar como mala persona… En fin, dejemos eso. No me gusta hablar de nada de

ello. Ya te dije una vez que vale más huir de la realidad. El mundo es una basura, Alicia querida. Mientras puedas, refúgiate en los bellos cuentos que tanto te gustan. Allí, al menos, la maldad es ficticia, imaginaria. En la vida, esa maldad existe, es tangible. Y se ensaña con los débiles.

—Tú no eres débil, tío Gart.

—A veces, hasta el más fuerte comete una debilidad —suspiró su tío, enigmático—. No me juzgues mejor de lo que soy. Podrías llevarte un día un gran desengaño, querida Alicia.

—¿Contigo? No, estoy secura de que nunca ocurrirá eso, tío Gart. Eres maravilloso, lo sé. Mejor que toda esa gente que te disgusta. Mucho mejor. No te preocupes por ellos. Ya viste cómo dieron marcha atrás los Bersford cuando tú contraatacaste. Eso me resultó muy divertido. Les faltó el valor para afrontar las consecuencias de su falta de tacto o de su malevolencia.

Gart la miró. Sonrió, con una singular dulzura, acariciando los cabellos de su sobrina suavemente.

—Eres encantadora, Alicia. Una muchacha maravillosa. Pura, limpia y sin maldad. Que siempre sigas así es todo lo que te disco. Para que sientas «todas tus pequeñas tristezas y te alegres con tus pequeños goces, recordando tu propia infancia y los alegres días del es tío de antaño…»

—Tío Gart, creí que no te gustaba *Alicia en el país de las Maravillas* —rió ella con jovialidad.

—Sólo ciertas cosas de él, sólo ciertas cosas —se avino su tío a admitir, mirándola risueño. Ya te dije que también hay maldad en sus personajes. No te fíes de ninguno de ellos, como de nadie de cuantos te rodeen en la vida real. Sólo de Alicia, la protagonista. Quizá porque, como tú, además de tener tu nombre, tiene algo de tu ingenuidad ante el mundo y ante los demás.

—A veces no logro entenderte del todo, tío Gart.

—Mejor, querida. Mucho mejor… —sonrió él, distraído, moviendo la cabeza.

*

Lord y lady Archibald Bersford se miraron en silencio, con expresión disgustada.

—¿Viste la insolencia de Gart Kendall en el almuerzo de hoy? —preguntó ella—. Nunca me sentí tan humillada, Archie.

—Se merecía una respuesta adecuada —gruñó su marido, asintiendo, mientras se peinaba las patillas ante el espejo—. Pero éramos invitados de lady Kendall, y no podíamos cometer una impertinencia así. Ese hombre me saca de quicio, Anne.

—¿Viste de qué modo logró dar la impresión de que era yo quien se portaba groseramente con él? Incluso tuve que decirle que no tenía por qué excusarse… ¡Hubiera dado años de mi vida por poderle ver de rodillas ante mí, pidiendo perdón entre lágrimas, maldito engreído!

—Y pensar que podíamos haberle humillado irreparablemente ante su propia prima y sus sobrinos, con sólo recordar aquella noche en Lahore… —meditó lord Bersford, mordiéndose el labio con reprimida ira—. Era tan fácil pulverizarle… Y, sin embargo, tuvimos que callar, como si él nos tuviera en sus manos, y no nosotros a él en las nuestras.

—Ya viste cómo se puso al oír el nombre de Nathan —rió ella, despectiva—. Es evidente que aún no ha digerido bien la jugarreta.

—Ni la digerirá nunca. Ese documento le quema como un hierro ardiente, y seguro que daría la vida por recuperarlo. Pero no puede hacerlo, y eso le amargará cada vez más. Tengo entendido que no sólo ha venido a la metrópoli por su herida en la pierna, sino que ha solicitado la baja definitiva del ejército, basándose en motivos de salud.

—¿Y se la han concedido?

—No tendrán más remedio, si alega su cojera y las fiebres que padeció el año pasado —resopló lord Bersford—. Sé que el coronel Hawthorne ha hecho todo lo posible para retenerle en su Regimiento, pero no dio resultado.

—Por cierto, Archie, ¿sigue el coronel Hawthorne en Londres?

—Sí, creo que sí —respondió distraídamente su marido, tomando una levita del amplio y bien surtido armario ropero que tenía ante sí —. De todos modos, esta noche podremos enterarnos en fiesta que da lord Edward. Él también era buen amigo del coronel durante su estancia oficial en la India, recuérdalo.

—Muy cierto. ¿No es lord Edward pariente cercano de los Kendall?

—En efecto. Primo segundo de Katherine. Le contaré lo sucedido hoy con Gart. Eso va a divertirla; ya sabes que estaba presente aquella noche…

—Sí, ya lo he recordado, querido —asintió lady Anne—. El, nosotros, el coronel, Nathan… y sir Gregory Forresham de quien nada sabemos.

—Él estaba allí aún cuando regresó a Londres Gart Kendall —recordó su esposo—. Recibí carta suya cosa de dos semanas antes, ¿recuerdas?

—Oh, sí. Es el único que no ha vuelto, después de todo aquello… —Lady Anne movió la cabeza, con gesto despectivo—. Bien, olvidemos a Gart, ese patán. ¿Estás ya listo, Archie?

—Totalmente —asintió él, mirándose en el espejo—. ¿Y tú?

—Me queda solamente elegir las joyas. Por favor, abróchame el vestido, ya sabes que me viene algo justo…

—Sí, querida —asintió su marido, caminando hacia ella.

El armario ropero quedó atrás, con las numerosas levitas y pantalones colgando de sus perchas. Lord Archibald jamás hubiera pensado que, tras esas prendas, en la oscuridad del fondo del amplio mueble, unos ojos fríos y malignos se fijaban en ellos obstinadamente, y unas manos enguantadas de negro, se apoyaban en dos de las levitas, entreabriéndolas para ver mejor la iluminada estancia.

De uno de sus bolsillos, el desconocido observador extrajo un pequeño frasco de vidrio azul, cuidadosamente cerrado. De él pendía una etiqueta atada al cuello del recipiente.

Lord Archibald Bersford comenzó a abrochar con algunas dificultades el vestido de su rolliza esposa, que últimamente había engordado algunas libras. Se quejó entre dientes:

—Tú y tus condenadas golosinas… Si sigues así, tendrás que cambiar todo tu vestuario, Anne.

—¡Qué exagerado eres! —se irritó ella, herida en uno de sus puntos más sensibles—.

Sólo he engordado un poco por el clima de Londres, tan diferente a aquél, seco y ardiente, de la India. Si apenas pruebo los dulces últimamente…

Su marido no contestó. Se limitó a terminar su tarea con el vestido de su esposa. A espaldas suya, en esos momentos, una figura emergía lenta, sigilosamente, del fondo del armario. Una amplia capa negra envolvía sus ropas, también oscuras, y las enguantadas manos no sólo esgrimían el pequeño frasco azul, sino también un revólver negro y de largo cañón que asestaba contra la espalda de ambos aristócratas.

Pero lo más extraño y fantástico de aquel ser inquietante era su rostro.

Su cabeza era la de un felino de gran tamaño. Un gato rayado de orejas en punta y mirada fija, verde y helada. Lo más extraño de ese gato, sin embargo, es que *reía*. Una mueca sardónica estiraba su boca de tal modo que exhibía sus dientes en lo que parecía ser una sonrisa imposible.

La sonrisa de un gato.

—Vuélvanse, señores —susurró una ronca voz brotando de la boca del felino gigante—. Ni un grito, ni una voz o disparo.

Lord y lady Bersford se volvieron, asombrados y llenos de terror. La visión del extraño personaje vestido de oscuro, con cuerpo de hombre y cabeza de gato, gris y rayada, provocó un ronco grito de horror en lady Anne.

Luego se desplomó en la alfombra, inconsciente, escapándose de sus dedos las centelleantes joyas que iba a poner sobre su cuello y orejas.

—Dios mío… —jadeó lord Archibald—. ¿Qué significa esto? ¿Quién es usted? ¿Un ladrón de joyas, quizá? Puede llevarse cuanto desee,

pero no nos haga daño…

—No dispararé si no me dan motivo —silabeó la sorda voz que emergía de aquella increíble cabeza de gato riente—. Venga aquí, lord Bersford.

—Sí, sí… —asintió él, obediente, dominando sus temblores. Se acercó al intruso y le miró largamente, temiendo que aquel revólver sé disparase en cualquier momento—. ¿Qué desea de mí? Yo sólo llevo mi anillo y mi reloj y cadena de oro en el chaleco. Puede tomarlo. No resistiré, se lo garantizo.

—Sena inútil —rió la voz, pareciendo dilatarse más el rictus sardónico del rostro del felino sonriente—. Lord Bersford, tome un sorbo de este frasco. Es un narcótico que le sumirá en un sueño profundo, muy profundo. Es todo lo que debe hacer, si quiere que no le clave una bala en el corazón.

—Lo haré, no se preocupe —jadeó el aristócrata, tomando el frasco azul, que destapó, ingiriendo una corta dosis de su contenido. Un fuerte sabor amargo invadió su boca, pero tragó el líquido, pensando que sería mucho peor recibir un proyectil en el corazón que ingerir aquella pócima.

—Muy bien —el hombre felino recuperó su frasco con rapidez—. Es todo lo que quería, lord Archibald Bersford. Acaba usted de firmar su sentencia de muerte.

—¿Qué… qué es lo que dice? —musitó lord Bersford, palideciendo intensamente.

—Ha tomado una dosis letal de un veneno activísimo extraído de plantas que usted conoce muy bien, que se dan fácilmente en la selva hindú… Le prometí no disparar, y lo he cumplido. Lo que no prometí, fue no matarle, lord Archibald.

—Dios mío, no… —se llevó una mano a la garganta, sintiendo un repentino fuego, seguido por un frío febril, que sacudía su ser Una repentina paralización muscular iba atrofiando parte de su organismo con rapidez—. No quiero… morir… No, por favor…

—Ya nadie podría evitarlo —dijo el gato riente—. Nadie. Ni podrá evitar nadie que su esposa le acompañe en ese viaje a la eternidad.

—No, ella no. No, no lo haga… —sollozó el noble, cayendo de rodillas, jadeante en la alfombra, y alzando patético sus brazos—. ¿Por qué por qué esto?

—Lord Bersford, tiene derecho a saberlo, antes de viajar a la nada —y una mano del intruso, tras guardar el revólver, aferró las orejas de gato y tiró de ellas. La máscara, en forma de caperuza se arrancó de su rostro. Era una simple cabeza de felpa gris, con las facciones de un extraño gato riente. El rostro del asesino apareció ante el agonizante aristócrata—. Míreme ahora, ¿puede verme bien?

—Usted… —mascculló él con profundo horror y asombro—. Us…

ted…

Cayó de bruces, con un estertor. El efecto del poderoso veneno alcanzó su corazón. Quedó inmóvil, no lejos de su esposa. El asesino se aproximó a ella. Vertió en sus labios unas gotas del contenido del frasco azul. El líquido resbaló al interior de su boca. Gorgoteó en la garganta, al ser engullido por la inconsciente dama.

Él se incorporó. Se ajustó de nuevo la máscara. Puso el frasco azul junto a los cuerpos. Y caminó hacia el amplio ventanal. Se volvió un momento nada más, para contemplar la escena. Lady Anne se agitaba convulsa, sin haber vuelto en sí. La sonrisa del gato parecía más siniestra que nunca

Después, salió al exterior. El jardín y la noche, engulleron al misterioso asesino con rostro de felino.

Junto a los dos aristócratas muertos, quedaba como huella de su pase un pequeño frasco azul con una etiqueta colgando del cuello, donde decía simplemente: «*Drink me*»[2].

CAPITULO III

—«Drink me.» Simplemente eso: «Bébeme.» Y bebieron, lo cual resulta aún más increíble. ¿Saben qué bebieron? Veneno. Un veneno activísimo, capaz de matar en segundos con unas pocas gotas.

Y el inspector de policía dejó de hablar, para reanudar sus paseos por la estancia, con las manos cruzadas a la espalda.

Alicia Kendall y los demás le contemplaron en silencio. Resultaba poco frecuente que un hombre tan joven fuese inspector de Scotland Yard, pero así era en este caso, y así había que aceptarlo. Otras cosas había que sorprendían más, mucho más, a los presentes.

En especial, a Alicia. Por ejemplo, aquel comentario del inspector Ian Laine, de la policía londinense, que le había traído un vago y extraño recuerdo, algo que no tenía el menor sentido.

«Bébeme.» ¿Dónde había oído ella antes ese término, unido a un frasco de algo? ¿Dónde?

—Asesinados por tanto… —murmuró Katherine Kendall.

—Exacto. Asesinados en su dormitorio, cuando se estaban preparando para ir a una recepción dada en su residencia por lord Edward Wilkinson.

—¿Lord Edward? ¿Mi pariente? —se sobresaltó ella.

—Sí, lady Kendall —afirmó el policía, parándose ante día—. Su pariente. Por eso estoy ahora aquí. Por eso, y porque el matrimonio Bersford estuvo almorzando ayer con ustedes, ¿no es cierto?

—Muy cierto —asintió Katherine, inclinando la cabeza, con expresión angustiada—. Y pensar que era la última vez que íbamos a verlos vivos…

—¿Por qué cree que podemos ayudarle en algo, inspector, por la simple razón de que ellos fuesen nuestros invitados ayer? —la pregunta la hacía, con voz tranquila y sin emoción Gart Kendall.

—Por ello mismo, señor. Ustedes eran amigos, lo han sido durante años. Les conocían lo suficiente para poder ayudarnos en este asunto. Siempre podrían saber si ellos tenían enemigos, si alguien podía odiarles hasta el punto de desear su muerte…

—Eso es muy difícil, inspector —meneó la cabeza Katherine, negativamente—. Nuestra relación con ellos era puramente social. Por supuesto que nadie, en nuestro ambiente, es lógico imaginar que fuese capaz de algo así. No sólo con ellos sino con nadie. ¿Por qué no suponer que fue algún merodeador, algún ladrón o cosa parecida?

—Por una razón muy sencilla, señora —suspiró el policía, con un asomo de sonrisa—. Porque al lado de ambos cadáveres había una auténtica fortuna en joyas, que el asesino ni siquiera tocó. Eso excluye terminantemente el móvil del robo. Ni siquiera el reloj y cadena de oro de lord Bersford, o su grueso anillo con un diamante, fueron

objeto de la codicia de agresor. En el frasco no parece haber otras huellas que las del propio lord Bersford, prueba evidente de que él tomó el recipiente de manos de su asesino, y probó el veneno, quizás obligado por éste. Luego el criminal tuvo una acción rara y poco explicable: molestarse en dejar tranquilamente el frasco junto a los cadáveres, con esa extraña etiqueta adherida de vidrio azul. Prueba evidente de que se marchó con toda tranquilidad, sin prisas y sin que nada le hubiera impedido quedarse con tan costoso botín.

—Y todo eso, inspector, ¿adónde nos lleva, exactamente? —quiso saber Gart, impasible.

Los ojos del policía se volvieron hacia él. Ambos hombres se miraron fijamente.

—Nos lleva a una convicción, señor Kendall —dijo con lentitud el inspector Laine—. Que el envenenador sólo deseaba la muerte de sus víctimas. Por la razón que fuese, sólo eso. Por ello busco un posible motivo: odio, una venganza, cualquier causa menos el lucro personal, eso es evidente.

—Extraño suceso —comentó Harvey Kendall, interviniendo en la conversación—. Lo último que hubiera podido imaginar es que los Bersford fuesen a morir el mismo día en que fueron nuestros huéspedes, inspector. ¿Recuerdas lo que hablamos, tío Gart? Vinieron de la India, como tú mismo, para ir a encontrar la muerte en el tranquilo Londres y no en la revuelta colonia británica…

—¿Usted ha prestado su servicio en la India, señor Kendall? —se interesó el policía volviéndose hacia él.

—¿No se nota en mi tez, inspector? —sonrió Gart.

—En efecto. Y también en la de lord y lady Bersford. ¿Qué motivo les llevó a ellos tan lejos de la metrópoli?

—Un cargo diplomático en Lahore —explicó Gart, encogiéndose de hombros—. Eran muy amigos de mi superior, el coronel Hawthorne.

—¿El heroico coronel Hawthorne, condecorado por su Majestad la reina? —puntualizó—el policía, curioso.

—El mismo —asintió Gart—. Un bravo militar. Duro como el diamante e inflexible en la disciplina. Le conozco bien, inspector Laine.

—Sí, lo supongo. Trataré de verle, puesto que era amigo de los Bersford. Podría caber en lo posible que las causas de su muerte estuvieran en algo sucedido tiempo atrás en la India, ya que llevaban poco tiempo de residencia en Londres en la actualidad.

—Es posible que fuera así —convino Gart, indiferente—. Debo confesarle que, personalmente, nunca simpaticé con los Bersford.

—¿Por qué motivo, señor Kendall? —indagó vivamente Ian Laine.

—Cuestión de caracteres. No me gustaba su modo de ser. Eran malintencionados, les gustaba criticar a los demás, meterse en asuntos

ajenos. Y también eran bastante hipócritas.

—No les deja muy bien parados —sonrió Laine.

—Lo siento. El hecho de que hayan muerto, no me induce tampoco a hablar bien de ellos. No me gusta ser compasivo con los difuntos, la verdad.

—Sí, entiendo —los ojos perspicaces, de un gris pizarroso, del joven inspector Laine, se fijaron en Alicia con cierto interés—. ¿Usted no tiene nada que decir, señorita Kendall?

—No, me temo que no —suspiró la muchacha tristemente—. Sólo que…

—¿Qué, señorita Kendall? —la alentó amablemente el policía.

—No sé… Ha sido una repentina sensación al oírle hablar de ese doble crimen. El veneno, el frasco, esa etiqueta que dice «Bébeme»… Me sonó a algo familiar, pero no logro localizarlo. Me siento confusa. Ha sido una noticia tan terrible, después de todo…

—*Alicia en el País de las Maravillas.*

—¿Qué? —Alicia le miró asombrada, abriendo mucho sus grandes ojos azules—. ¿Qué es lo que ha dicho, inspector?

—*Alicia en el País de las Maravillas* —sonrió el policía, al repetirlo— ¿Lo ha leído alguna vez?

—Cielos, mucha… —el estupor se convirtió en perplejidad en el rostro de la muchacha. Luego se irguió, enrojeciendo excitada al hablar en voz alta, casi gritando—: ¡Sí, eso es! *¡Alicia!* Ahora recuerdo… Encima de la mesa, un pequeño frasquito… y alrededor de su cuello tenía colgado un cartelito de papel con la palabra «Bébeme»… Y Alicia probó su contenido…

—… Y de ese modo Alicia se redujo hasta medir sólo diez pulgadas de estatura, y pudo entrar en la madriguera del conejo que tenía prisa… —completó, con una sonrisa el inspector Laine, asintiendo—. Exacto, señorita Kendall. Veo que recuerda muy bien el cuento[3].

—Es mi favorito, inspector.

—¿De veras? —los ojos grises chispearon, fijos en ella, con simpatía —. A mí también me gusta bastante. No pude dejar de fijarme en la semejanza de la situación con el primer capítulo de *Alice in Wonderland.* Claro que todo es diametralmente opuesto, pero ese detalle del frasquito de veneno… En fin, como una versión siniestra del cuento. Tal vez el asesino esté loco. O quizá sólo se trate de una casualidad.

—Pero lo cierto es que no saben nada de ese asesino —apuntó Gart con calma.

—No, nada —admitió Laine con un encogimiento de hombros—. Por eso estoy aquí ahora, señores. Esperaba que su colaboración pudiera ayudarme. Pero salvo entrar en conocimiento de que los Bersford no eran demasiado simpáticos, poca cosa en claro ha llegado

a concretarse.

—Nos hubiera gustado que no fuese así —suspiró Katherine—. Pero ¿qué podíamos saber nosotros sobre los posibles móviles de un asesinato tan horrible y absurdo? Nuestro trato con los Bersford no era tan profundo como para conocer su intimidad, las posibles causas de un crimen del que ellos fueran víctimas.

—Y menos aún, cuando el asesino tiene el suficiente sentido del humor para utilizar el primer capítulo de *Alicia en el País de las Maravillas*, en el cometido de su plan criminal, inspector —sonrió con cierto cinismo Gart Kendall.

—Muy cierto, señor Kendall —de nuevo los ojos sagaces del joven policía se fijaron en Gart con curiosidad e interés. También a sus labios finos afloró una sonrisa tenue cuando añadió, pensativo—: Sentido del humor, ha dicho usted. Eso es cierto. No se me había ocurrido ver la cuestión por ese lado, sinceramente. Sí, creo que además de frío y desalmado, nuestro asesino tiene un indudable sentido del humor. Por cierto, señorita Kendall, ¿no es Alicia su nombre de pila?

Hizo esta pregunta bruscamente, volviéndose a la joven. Ella enrojeció, como pillada por sorpresa en una travesura y tardó algo en reponerse y tartamudear, mirando al inspector Laine con embarazo:

—Sí si, inspector… Pero yo… no he matado a los Bersford…

El policía lanzó una breve carcajada y asintió, risueño.

—Por Dios, señorita Kendall, ¡qué ocurrencia la suya! Era solamente un comentario sin importancia.

—Pero después de lo que se ha hablado aquí, inspector, mi sobrina tenía razón para sentirse vagamente acusada, ¿no cree? —sugirió Gart, malicioso.

—No sé, tal vez —Ian Laine meneó la cabeza—. Le aseguro que no lo pretendí en ningún momento. Fue una simple asociación de ideas. Además, yo no he dicho que, por ser este crimen una especie de siniestra parodia de un capítulo del cuento, tenga que ser Alicia, su personaje principal, el culpable. Podría ser cualquier otro personaje de mismo. Ella, a fin de cuentas, es la inocencia personificada.

—Siguiendo esa divagación, inspector, ¿por *qué* personaje de *Alicia* se inclinaría usted para señalarle como culpable de un doble crimen? —preguntó Gart, irónico.

—Podrían ser muchos —se encogió de hombros el inspector—. La Duquesa, la Reina, la Liebre o el Sombrerero… e incluso la Langosta o el Griffo.

—¿Y por qué no el Gato? —sugirió, mirándole fijamente, Gart Kendall.

—El Gato… —el policía enarcó las cejas, sin dejar de mirarle—. Sí, ¿por qué no? El Gato sonriente. El Gato de Cheshire, ¿no es cierto?

—El gato es un animal astuto, solapado y hasta cruel —sugirió el tío Gart, mientras todos los ojos se fijaban en él, muy en especial los de Ian Laine y los de Alicia—. Un Gato que además, sonríe, es capaz de todo, ¿no cree, inspector?

—Quizá —suspiró el joven policía, con un movimiento de cabeza escéptico—. Creo que estamos desorbitando un poco las cosas, señor Kendall. Dos asesinatos no son un juego ni una charada. Sea quien sea el personaje que ha adoptado al asesino, no hay duda de que tras esa parodia macabra se oculta una inteligencia criminal bastante peligrosa.

—Sí, eso parece evidente —admitió Gart, encogiéndose de hombros —. Le deseo suerte en su captura, inspector.

—Gracias. Voy a necesitarla —se irguió, dando la entrevista por terminada—. No les molestaré más por el momento, señores. Si llegasen a recordar algo de cierto interés, relacionado con los Bersford, no se olviden mencionármelo en cuanto puedan.

—Así lo haremos, inspector —prometió Katherine Kendall—. Pero mucho me temo que ello no sea nada fácil.

El policía se retiró tras un cortés saludo a todos. Alicia suspiró, al verle salir de la residencia de Berkeley:

—¡Qué policía más joven y guapo! No creí que hubiera hombres así en Scotland Yard.

—No deja por ello de ser un policía —replicó su tío secamente.

—¿Tienes algo contra los policías, tío Gart? —sonrió Harvey, malicioso.

—Nunca me gustaron —confesó Gart—No existe una razón concreta para ello, pero no me caen simpáticos.

—A propósito de simpatía, ¿por qué no mencionaste al inspector tus escasas simpatías por los Bersford tío Gart, así como el incidente de ayer durante el almuerzo? —indagó su sobrino con el mismo tono perverso de antes.

Su tío le fulminó con la mirada al responder:

—Porque no tiene la menor importancia. Después de todo, él busca a un asesino, no a una persona que sintiera más o menos antipatía por las víctimas No se mata a nadie por discutir en una mesa durante unos momentos, Harvey sobrino.

—Pero aún no sabemos por qué discutisteis ayer ellos y tú —rió Harvey.

—Ni tienes por qué saberlo Es asunto mío, y nada más. Si sospechas que yo tenga un motivo para haber deseado la muerte de lord y lady Bersford, ¿por qué no lo hablaste antes con el propio inspector?

—Era sólo una broma, tío Gart… —protestó Harvey molesto.

—Pues guárdate tus bromas. Yo sólo tengo sentido del humor con el que no destila veneno, sobrinito. Tus comentarios no me gustan nada.

Tenlo en cuenta en lo sucesivo.

Y abandonó la estancia, dejando sorprendidos a todos, incluida Alicia. Katherine se volvió a su sobrino Harvey con cierta acritud en su rostro suave y aristocrático.

—Harvey, nunca escarmentarás. Mucha gente te encuentra impertinente, y con razón. No me gusta que discutas con tu tío en mi presencia. En realidad, no me gusta que nadie de mi familia discuta aquí, bajo este techo; ¿está claro?

—Sí, tía Kathy —respondió Harvey, mordiéndose el labio inferior—. Está muy claro. No debes preocuparte. No volverá a ocurrir, te lo garantizo. Pero lo cierto es que en la familia Kendall, sólo yo me veo siempre relegado o censurado. Con eso de ser el pariente pobre y el que no tiene otra familia que sus tíos…

—¡Harvey! —le reprochó Katherine con sorpresa—. Es injusto lo que dices. Desde que tu madre y tu padre, mi hermano, faltaron, has sido como un hijo para nosotros, como el hermano que Alicia nunca tuvo. ¿Cómo puedes, por tanto, hablar así de nosotros?

—Lo lamento, tía—musitó el joven Harvey, confuso, bajando la cabeza—. Creo que me ha puesto un poco nervioso la muerte trágica de los Bersford y la visita de ese policía. Te ruego me perdones. No quise decir eso. Luego iré también a pedirle perdón al tío Gart. Lo siento mucho, palabra. No volveré a decir una tontería así, tía Kathy.

Y también él abandonó la estancia, con la cabeza baja evidentemente confuso y avergonzado.

Una vez a solas, madre e hija se miraron largamente en silencio. Katherine aparecía disgustada con los incidentes habidos en la casa. Alicia fue a ella, la rodeó con sus brazos y besó su frente, cariñosa.

—Harvey tiene razón —dijo—. Nos ha trastornado un poco todo eso. Ha sido tan horrible, mamá…

—Sí, hija mía —acarició con ternura los cabellos color miel de su hija—. Horrible. Muchos crímenes como ése suceden día tras día en landres, pero no llegamos a impresionamos porque desconocemos a sus víctimas.

Cuando son gente conocida la que cae víctima de una violencia semejante, no puede una por menos de sentirse deprimida, angustiada, aunque sean personas como los Bersford, que no resultaban demasiado simpáticos a nadie. Pero eran seres humanos, y resulta espantoso imaginar que alguien les quitó la vida así, brutal e inesperadamente…

Alicia se estremeció, cerrando sus ojos. A través de la vidriera del salón, vio a su tío Gart paseando por el jardín posterior de la casa, rodeado por la alta verja de la propiedad.

Parecía cabizbajo, pensativo. Su rostro mostraba una gravedad desacostumbrada en él. A Alicia le resultó extraño imaginar que estuviera así solamente por su breve incidente con Harvey, su sobrino.

Algo le ocurría, pero ¿qué podía ser? El, siempre tan locuaz, tan afable y risueño…

—Mamá, voy a dar una vuelta por el jardín —dijo de pronto, impulsivamente.

Su madre alzó los ojos. La miró. Luego miró a la vidriera. Descubrió a su primo Gart, parado bajo un árbol, con las manos a la espalda, absorto en sus pensamientos.

—¿Por qué no dejas solo a tu tío Gart? —la sugirió suavemente.

—Oh, pues… —de pronto enrojeció de nuevo, como en el momento en que el joven inspector Laine le había preguntado su nombre—. Bueno, ya sabes que lo paso muy bien a su lado. Tío Gart es encantador, maravilloso…

—Alicia, me encanta que quieras tanto a tu tío, pero ¿por qué no piensas en salir con tus amigas, con los muchachos, en vez de permanecer pegada a un hombre que te dobla la edad, aunque sea tu tío y le admires tanto?

—Mamá —se extrañó Alicia, clavando en ella sus claros ojos asombrados—. Tío Gart es diferente a todos los demás. El, para mí, *no es* un hombre. Es sólo tío Gart.

—Pero, pienses lo que pienses, él *es* un hombre, querida mía. Y mucho mayor que tú. Está bien que te deleiten sus fascinantes relatos, su facilidad de palabra y su amplia cultura, pero de eso a estar siempre a su lado hay una diferencia. Deja ahora que él pasee y medite a solas sobre sus propias cosas. No todo en su vida ha sido agradable ni maravilloso, Alicia. Su propia época final en la India tuvo mucho de difícil para él. Sólo que él nunca habla de sus problemas personales, para no preocupar a los demás. Pero los tiene y los tuvo. Es justo que quiera quedarse alguna vez a solas consigo mismo.

Alicia apretó los labios. Las palabras de su madre la habían causado un profundo disgusto. Y también una honda decepción.

—Está bien —dijo con cierta sequedad—. Seguiré tu consejo, mamá. Voy a salir con mis amigas esta tarde.

Y subió rápidamente a la planta alta. Su madre se quedó mirando la escalera, con expresión ensombrecida Movió la cabeza con tristeza, y lanzó un breve suspiro.

La puerta vidriera se abrió a su espalda. Entró Gart en la habitación con paso lento y aire distraído. Miró en torno, pensativo.

—Estás muy sola, Kathy —le dijo dulcemente.

—Sí —sonrió la madre de Alicia—. Tú también.

—Estaba pensando en mis cosas. Ese jardín tuyo es delicioso. Uno se siente mucho mejor cuando ha estado en él unos minutos.

—Deben ser las flores de detrás del seto —divagó Katherine Kendall —. Huelen muy bien.

—Sí, mucho —admitió Gart—. Pero no son sólo los olores. Hay paz,

quietud. Es como un remanso donde uno puede serenar sus nervios y ver las cosas con mayor optimismo.

—Gart, querido primo… —habló ella de pronto.

—¿Sí? —él se volvió a mirarla, como si se pusiera en guardia contra algo.

—¿No vas a contarme qué te ocurrió últimamente en la India?

—Ya sabes lo que me ocurrió. Me hirieron de un disparo en una pierna, durante una escaramuza con los nacionalistas. Mc hospitalizaron. Y luego pedí la baja del ejército y volví a la metrópoli…

—¿Es eso cierto, Gart? ¿No te habrán… expulsado del ejército, como alguien rumoreó en Londres en días pasados?

—Imagino que eso sería obra de alguna lengua venenosa —replicó agriamente Gart, endureciendo sus facciones—. Si quieres, cree en mis palabras. Si no, allá tú, prima Kathy. No pienso hablar más del asunto. Ni contigo, ni con nadie.

Y dio media vuelta, saliendo de la estancia. Pero esta vez no iba al jardín. La puerta de la casa produjo un áspero sonido, al cerrarse de golpe.

—Dios mío… —murmuró Kathy, nuevamente a solas, moviendo su cabeza con pesar—. Es un mal día para todos nosotros, los Kendall. O hablamos de más… o nos sentimos demasiado susceptibles. O ambas cosas a la vez.

CAPITULO IV

—El resultado del análisis no ofrece dudas. Es un veneno vegetal, inspector. Muy activo. Procede de una planta que no se cultiva en las Islas Británicas, ni tan siquiera en Europa.

—¿Dónde, entonces, superintendente? —se interesó el inspector Ian Laine.

—En el norte de la India —informó el superintendente James Wallace, de Scotland Yard.

—El norte de la India… —repitió lentamente Laine, arrugando el ceño. Sus grises pupilas brillaron excitadas—. Allí estuvo destinado lord Archibald Bersford como agregado diplomático de Su Majestad. Y su esposa le acompañaba.

—Cierto —convino el superintendente—. Ya hemos comprobado eso, inspector.

—Otras personas, amigas de los Bersford en mayor o menor grado, también estuvieron en esa parte de la I India, concretamente en Lahore.

—¿Quiénes?

—El coronel Silas Hawthorne, muy amigo de los Bersford y frecuente anfitrión o huésped de ambos, jefe del destacamento de los Khyber Riffles de esa zona, donde, prestó también sus servicios como oficial hasta hace poco tiempo, en que causó baja en el servicio activo por lesión, Gart Kendall. Un hombre que no simpatizaba demasiado con las víctimas… al tampoco con su superior, el coronel Hawthorne.

—Curiosas circunstancias, ¿no cree? ¿Están esos dos caballeros en Inglaterra en el presente?

—Los dos, superintendente Wallace. Por cierto, Gart Kendall tiene una joven y bella sobrina, llamada Alicia

—¿Y…? —enarco las cejas el otro policía, inquisitivo.

—¿Recuerda los detalles del doble crimen? El frasco con la etiqueta y todo eso. Es como una parodia monstruosa del primer capítulo de *Alicia en el País de las Maravillas.*

—Oh, entiendo… Una singular casualidad, ¿no?

—Sin duda. Ella también conoce bien el cuento.

—¿Que anglosajón, y más si es joven, no ha leído el libro de Carroll, inspector?

—Cierto. Gart Kendall también lo ha leído en su juventud, sin duda. Mencionó al Gato como posible autor del crimen.

—¿El Gato? —refunfuñó el superintendente estupefacto—. ¿Qué broma es ésa?

—Un fuego de palabras, dada la posible intención del criminal de escenificar a su modo el cuento de *Alicia*, señor.

—¿Cree usted que el asesino es un loco? —sugirió Wallace, a la vista de esos comentarios.

—Posiblemente. Pero no podemos estar seguros de eso. Si no existe motivo para matar, será un acto de locura. Sin embargo, aún no sabemos si ese motivo existe.

—He investigado a fondo la vida de los Bersford. Eran ellos solos. Sin parientes ni familia de ninguna clase. Por tanto, una vez muertos ambos, su fortuna pasa íntegra a obras de beneficencia, conforme dejaron escrito en su testamento. No hay beneficiarios de su muerte. Es un poderoso motivo que se diluye, inspector Laine.

—Lo sospechaba. También se diluyó desde un principio el afán de lucro por simple robo. Había joyas por valor de más de trescientas mil libras en aquella casa. Y dos mil libras en un cajón de la cómoda. Nadie tocó nada. Ni se molestaron siquiera en buscarlo.

—Por tanto, si hay otra razón, ha de ser necesariamente de tipo muy distinto al económico. ¿Por cuál se inclinaría usted, Laine?

—Por el odio.

—Por el… ¿qué?

—Odio, superintendente. Gart Kendall los calificó muy duramente. Para <51, los Bersford eran gente mal intencionada e hipócrita. Y muy dada a meterse en vidas ajenas.

—Eso también nos abre otra posibilidad: que supieran algo comprometedor de otra persona y silenciaran sus bocas para siempre.

—Sí, es otra posibilidad muy digna de ser tenida en cuenta, señor. No se me había ocurrido pensar en ella.

—Indaguemos, en tal caso, entre su círculo de amistades. Estoy seguro de que el asesino de los Bersford está ahí, precisamente. Entre quienes conocían bien al matrimonio, y podían llegar hasta la residencia Bersford sin despertar sospechas en la vecindad.

—Empezaré por entrevistarme con la persona que ofrecía la fiesta a la que habían sido invitados los Bersford anoche. Estaban arreglándose para asistir cuando les mataron. Su anfitrión era lord Edward Wilkinson, un pariente cercano de los Kendall.

—Otra vez los Kendall… —hizo notar el superintendente Wallace, frotándose el ancho y rudo mentón, con la vista fija en las jóvenes y enérgicas facciones del joven de cabellos castaños y ojos grises que aparecía sentado frente a él en aquel despacho de Scotland Yard.

—Sí, señor. Otra vez ellos. Curioso, ¿no?

—Yo que usted, tampoco me olvidaría de hacerles una visita de vez en cuando, con cualquier pretexto.

—Será una misión muy agradable, sobre todo si puedo charlar con Alicia Kendall. Es una jovencita encantadora, señor.

—Intente impresionarla —sonrió Wallace con cinismo—. No le será difícil. Dicen las mujeres que es usted un joven guapo y cautivador.

Incluso mi esposa lo dice… Podría explotar esa ventaja adecuadamente *y* ya tendría el pretexto ideal para frecuentar la amistad de los Kendall o, cuando menos, su relación social, si no simpatizan con la policía, como les ocurre a la mayor parte de los miembros de nuestra alta sociedad.

—Es toda una idea, señor —sonrió Ian Laine—. Pero no me creo tan irresistible como todo eso. Ella no sólo es bonita y atractiva. Es también una Kendall de Mayfair. Tiene fortuna, una mansión suntuosa y todo eso…

—Pero es mujer, a fin de cuentas —rió el superintendente Wallace —. Y una mujer y un hombre son sólo eso, llegado el momento. Lo demás, no cuenta.

—Empiezo a pensar, señor, que es usted un cínico —observó Ian con irónico respeto.

—Mi querido Laine, *¿y* después de trabajar dos años enteros a mis órdenes, no *se* ha dado cuenta de eso hasta hoy? —respondió James Wallace, soltando una carcajada.

*

Lord Edward Wilkinson era un hombre alto, fornido, de tez bronceada por el sol de las colonias, cabellos grises, color acero, planchados y lisos, ojos muy claros y una recia humanidad, no exenta de elegancia, sin embargo.

Recibió a Ian Laine en su lujosa residencia de Regentas Park, estrechó su mano con una cordialidad que no acusaba antipatía o predisposición alguna contra los policías, y le hizo pasar a un gabinete, ofreciéndole una copa de oporto o de brandy, que el joven inspector rechazó, cortés.

—No, gracias, lord Edward —replicó—. De vez en cuando tomo un oporto pero jamás en horas de servicio, se lo aseguro.

—Bien, en ese caso, charlemos. ¿Qué motiva su visita de hoy, inspector?

—La doble muerte de lord y lady Bersford, que supongo conocerá por los periódicos.

—Dios mío, leí la noticia esta mañana en el *Times* y no podía creerla. Resulta terrible imaginar algo semejante, se lo aseguro. Éramos buenos amigos, incluso habíamos coincidido durante casi un año en la India… siendo yo allí miembro del Gobierno de Su Majestad, una especie de agente de la Inteligencia Militar británica. Por entonces, lord Archibald era agregado diplomático en Lahore.

—Lo sé, lord Edward. Precisamente de la India quería hablarle muy en especial. *La* razón es que el veneno utilizado para matarles procede de una planta que solo se cultiva al norte de la India.

—Dios mío… —resopló el aristócrata, perplejo—. ¿Cómo es eso posible?

—Pues… eso quisiéramos nosotros saber —confesó francamente Laine—. No hay demasiadas pistas en el asunto. Usted quizá pudiera orientarnos acerca de posibles enemigos del matrimonio Bersford, de alguna enemistad lo bastante violenta como para querer provocar su muerte…

—¿Yo? —enarcó sus cejas hirsutas el noble, con aire desorientado —. ¿Y de quién podría hablarles? No recuerdo a nadie lo bastante despiadado y feroz como para matar así a dos seres humanos. No creo que las enemistades de los Bersford pudieran ser de tal magnitud, sinceramente.

—¿y algún enemigo nativo? ¿Alguna posible venganza hindú, por motivos religiosos, políticos o personales? ¿Tendría fundamento imaginarse algo así, lord Edward?

—Suena demasiado truculento Hay escritores de literatura barata que explotan historias de supuestas venganzas, de hindúes misteriosos, de estranguladores de Siva y cosas por el estilo; pero eso responde más a la fantasía de sus creadores que a la auténtica realidad de la India. Allí hay gente nativa muy peligrosa, sin duda alguna, por motivos puramente ideológicos y raciales; pero nada más. No creo que ninguno se decidiese a viajar hasta la metrópoli para vengarse aquí de nadie en una forma tan sofisticada, inspector. Si los detalles que leí en el *Times* son ciertos…

—Rigurosamente ciertos, lord Edward —afirmó rápido Ian Laine.

—No, no tendría sentido. Un hindú depositando un frasco de veneno en el suelo, después de envenenar a ambos… La verdad, no encaja.

—Entonces, podría ser un ciudadano británico el culpable.

—Eso es más probable.

—Pero ¿usando un veneno hindú?

—Sí, resulta extraño; pero… ¿es cierto que no les robaron nada?

—Ni una moneda de un chelín, lord Edward.

—Entonces, todo eso no tiene sentido.

—Me temía que iba a decir eso. No es el único que opina igual. ¿Conoce a los Kendall?

—¿Los… Kendall? —lord Wilkinson parpadeó, rápido—. Claro. Somos parientes.

—Creo que uno de los Kendall coincidió con usted en la India. Y también lord y lady Bersford…

—Muy cierto. Exactamente con Gart Kendall —dijo lord Wilkinson. Y Laine se preguntó si era imaginación suya o la voz del aristócrata sufría una cierta sutil alteración al mencionar al tío de Alicia Kendall —. ¿Por qué lo pregunta, inspector?

—Oh, por nada. Simple curiosidad. Es que estuve hoy visitando a los Kendall y se mencionó ese punto, es todo.

—Pero no sólo Gart coincidió con nosotros en la India —objetó lord Edward, con mirada abstraída—. Hubo otro Kendall destinado allí como miembro de un Regimiento de Lanceros…

—¿De veras? —se interesó vivamente el joven policía, inclinándose hacia su anfitrión—. ¿Quién era él?

—Oh, el garbanzo negro de la familia —rió su interlocutor, haciendo un gesto ambiguo—Nathan Kendall.

—¿Nathan Kendall? ¿Por qué le llamó usted «el garbanzo negro»?

—Porque lo es. O, al menos, la familia siempre le consideró así. Es familiar directo de Gart y de Katherine. En una forma algo relativa, porque no es un Kendall por su sangre, sino por adopción paterna. Doyle Kendall, un primo de Katherine, algo lejano, adoptó a Nathan de niño, y ha sido considerado siempre un Kendall, aunque con reservas por parte de cierto sector de la familia. Yo no me cuento entre ellos, por supuesto. No soy tan intolerante como otros, inspector Laine.

—Entiendo. ¿El joven Nathan sigue sirviendo en la India?

—Creo que sí. Pero estaba anunciado su regreso a la metrópoli por motivos de reajustes de su unidad militar. Ignoro si estará ya aquí o no. ¿Por qué le interesa tanto la cuestión?

—Oh, por nada en particular —Laine se encogió de hombros—. Todo lo que rodease a los Bersford, sea, próximo o lejano, tiene para nosotros su relativo interés, de cara a reconstruir su ambiente, sus amistades y relaciones, y buscar en ese círculo a un posible culpable.

—¿Un culpable entre la gente habitual de los Bersford? —lord Edward Wilkinson pareció escandalizarse de repente—. Por Dios, no lo creo posible. Casi todos ellos son personas incapaces de causar daño a nadie, gente selecta, de la mejor sociedad británica, incluso de la aristocracia…

—Eso hará más difícil la búsqueda, señor —manifestó el joven Laine, poniéndose en pie con un suspiro—. Pero tenga en cuenta que un asesino puede darse en cualquier ambiente social o económico. Y que cuanto más arriba se encuentre, tanto más difícil será dar con él y desenmascararle.

En ese momento, cuando lord Edward iba a responder, golpearon discretamente la puerta del salón. Al dar su autorización el dueño de la casa, entró un sirviente, que anunció;

—Señor, se encuentra en el vestíbulo sir Gregory Forresham, que desea ser recibido por usted…

—¿Sir Gregory? —exclamó lord Edward sorprendido. Miró a su visitante de Scotland Yard—. Vaya, qué curiosa coincidencia, inspector. Aquí tiene a otro personaje importante, amigo de los

Bersford y de mí mismo, que también estuvo un tiempo en la India, de donde regresó hace solamente ocho meses, poco más o menos.

—¿Sir Gregory Forresham? —Laine asintió—. He oído su nombre. ¿También era militar en la India?

—No, no —rió lord Edward—. Sir Gregory es un terrible pacifista. No vestiría por nada del mundo un uniforme militar. Pero era corresponsal de guerra en Labore. Enviado especial del *Mail*. Pidió el traslado a Londres por escrúpulos de conciencia. No podía soportar ciertas escenas de la guerra con los patriotas hindúes, ¿comprende?

—Sí, comprendo. Por mí no demore recibirle. Ya me marcho.

—Por favor, espere un momento. Se me ocurre una buena idea, inspector Laine. Ya que usted desea conocer a todos los que estuvimos en la India y nos relacionamos, de un modo u otro, con los difuntos lord y lady Bersford, ¿por qué no espera a que yo le presente y así tiene va resuelto un trámite más en sus investigaciones?

—Gracias por la ayuda, lord Edward —sonrió Laine, reconocido—. En efecto, eso facilitará mi labor considerablemente.

*

Sir Gregory Forresham era un hombre de unos treinta a treinta y dos años, delgado y nervioso, de vivaces ojos oscuros, nariz halconada y boca delgada y prieta, que acostumbraba a sonreír aunque sus ojos no lo hicieran. Saludó cordialmente al policía y se interesó por los comentarios de su amigo lord Edward Wilkinson, a quien venía a visitar precisamente con motivo del doble asesinato de los Bersford.

—Ha sido algo tremendo —confesó a Laine, tras las presentaciones y las primeras alusiones al caso criminal—, Como periodista, he tenido que asistir a muchas cosas terribles, especialmente en la guerra de las colonias. Pero esto supera a todo lo conocido. Eran personas a quienes uno difícilmente relacionaría con un trance así, a menos que un delincuente habitual les hiciera víctimas de un asalto. Y, por lo que he oído en la redacción del *Mail*, las cosas distan mucho de haber sido así…

—En efecto, sir Gregory afirmó lentamente Laine—. No se trata de un delito vulgar, por lucro o cosa parecida. Nadie tocó sus bienes ni nadie hereda un penique de su dinero. Por tanto, han de existir otros motivos más oscuros, menos fáciles de imaginar.

—Pues no lo entiendo. Ellos siempre vivieron en un ambiente donde hechos tan sórdidos parecen totalmente descartados.

—El crimen no tiene una determinada clasificación social, sir Gregory —manifestó el policía con cierta sequedad—. También se da en la buena sociedad, como en otros tiempos se dio dentro mismo de las familias reales. El mal no conoce murallas sociales o económicas.

No es privativo ni exclusivo de los de abajo.

—Es posible, inspector —también sir Gregory Forresham se mostró ahora algo seco—,

Pero para mí sigue siendo inexplicable, casi absurdo.

—En el fondo, tal vez no lo sea tanto.

—¿Qué quiere decir?

—Que cuando encontremos los motivos del criminal para hacer lo que hizo, tal vez tenga incluso cierta lógica. De no enfrentarnos a la obra de un loco, este crimen tiene un motivo determinado, que sólo ustedes, los que conocieron a la pareja asesinada, podrían tal vez intuir o conocer.

—Personalmente, lamento confesarle que no es así. No tengo la menor idea inspector. ¿Y usted lord Wilkinson?

—Tampoco —meneó la cabeza el dueño de la casa, perplejo—. Ya hemos hablado de eso el inspector y yo, mi querido Forresham, sin llegar a conclusión definitiva alguna.

—Pues me temo que tampoco yo voy a serle de mucha ayuda. Cuando traté con más asiduidad a los Bersford, fue precisamente lejos de Londres, en Lahore.

—A eso iba, sir Gregory —sonrió Laine—. Lo que a mí me interesa es Lahore, no Londres.

—¿Cómo? —pestañeó sorprendido el joven aristócrata metido a corresponsal de Prensa—. ¿Qué tiene eso que ver con el doble crimen?

—Sir Gregory, en el *Mail* no han podido decirte algo que yo sé directamente a través de nuestros laboratorios de Scotland Yard —suspiró Ian Laine con tono apacible—. El veneno utilizado para matarles procede de una planta india sumamente tóxica Dado tal hecho, resulta lógico suponer que el asesino *estuvo* en alguna ocasión en la India, y de allí tiene su origen el resentimiento o la razón que sea, para terminar con la vida del matrimonio a sangre fría. ¿Qué me dice ahora, sir Gregory?

—Vaya, *eso* cambia notablemente las cosas… —resopló el periodista Y sacó un pañuelo del bolsillo, enjugándose el sudor que empezaba a humedecer su rostro repentinamente—. No fuimos muchos los buenos amigos que coincidimos en la India en estos últimos tiempos, la verdad…

—Yo *sé* de algunos —indicó el policía suavemente—. Si me equivoco, rectifíqueme alguno de ustedes, por favor.

—Adelante, inspector Laine —le invitó sir Gregory, mirándole muy fijamente, con sus oscuros ojos rielados—. Le escuchamos.

—Primero, descartemos a lord y lady Bersford, que han muerto. Con ellos, creo que coincidieron de una u otra forma en el norte de la India, posiblemente en la propia ciudad y provincia de Lahore, personas como usted mismo, sir Gregory, como lord Edward

Wilkinson… como el coronel Silas Hawthorne… y como un tal Nathan Kendall.

La mirada oscura de sir Gregory se mantuvo inmutable. Pero Laine captó un fugaz intercambio con los ojos de lord Edward Wilkinson, aunque duró apenas un segundo, y no estuvo seguro de si significaba algo o no. Luego el visitante asintió despacio.

—Sí —admitió—. Creo que no había nadie más de nuestro círculo particular, al menos en esas fechas recientes en que yo estuve allí de corresponsal de guerra Pero Nathan Kendall no ha regresado a la metrópoli…

—Lo hará en breve —suspiró Laine—si es que no lo ha hecho ya en las últimas horas, sir Gregory. Nos consta que su unidad está siendo reajustada por los mandos coloniales. Por tanto, también debe contar en esta lista.

—Y bien, ¿adónde quiere ir a parar con tal clase de lista, inspector? ¿Es que pretende sugerir la absurda idea de que todos nosotros somos sospechosos, como en las novelas baratas?

—No afirmo tanto, sir Gregory. Pero sería muy posible que uno de ustedes supiera algo de los Bersford… o tuviera noción de algún hecho que significara una luz para el asunto de este doble crimen.

—Usted ha citado en total, incluido el matrimonio Bersford, si no me equivoco, a *seis* personas.

—Exacto.

—Éramos *siete* los componentes de ese círculo.

—¿Siete? —enarcó las cejas Laine, con gesto de aparente ingenuidad.

—Sí. Ha olvidado usted a un miembro del grupo: Gart Kendall.

—Oh, es cierto, torpe de mí —se golpeó la frente como si hubiera cometido una imperdonable torpeza. De soslayo, observó el nerviosismo de lord Edward Wilkinson, que miraba a su visitante casi con angustia—. Claro. Gart Kendall… El tío de la bella Alicia Kendall…

—Veo que le conoce muy bien, para haberle olvidado tan fácilmente, inspector —hizo notar secamente sir Gregory.

—Creí haberlo citado ya. O tal vez sea porque él fue el primero en hablarme de Lahore y de todo lo demás.

—¿Él lo hizo? —Sir Gregory Forresham frunció el ceño—. Con Gart uno siempre se lleva sorpresas…

—¿Por qué dice eso?

—Oh, por nada —se encogió de hombros el periodista—. Cosas mías, inspector. Conozco bien a Gart Kendall. Con él, uno nunca está realmente seguro de nada. Es un hombre imprevisible y desconcertante. Creí que él era el primero en no querer recordar siquiera su estancia en Lahore y su trato con nosotros.

—¿Por qué? —se interesó con viveza Laine.

—Oh, no, por nada —suspiró sir Gregory—. Su herida en el frente, en una emboscada de los rebeldes hindúes *y* todo eso… Y sus problemas con el coronel Hawthorne y otras cosas. En suma, no fue una buena época para él la que pasó allí entonces, se lo aseguro…

—¿Sólo por eso, sir Gregory? —se interesó el policía—. ¿No hubo algo más?

—No. ¿Por qué habría de haberlo? —pero el tono con que el periodista hizo la pregunta distaba mucho de tener la firmeza que hubiera sido de prever.

—No, por nada —Laine se encogió de hombros con una enigmática sonrisa—. Bien, señores. Eso es todo.

Gracias por su ayuda. Si resultara imprescindible, tal vez me hiera preciso molestarles nuevamente…

—Por mí, hágalo cuando desee, inspector —se ofreció cortés, lord Wilkinson.

—Y yo digo igual —sonrió, algo forzado, el que fuera corresponsal de guerra en la ludia, sir Gregory Forresham.

—Gracias. Son muy amables —se retiró Ian Laine, casi ceremonioso.

Iba a necesitar volver a la carga mucho antes de lo imaginado. Aquella misma noche, el misterioso asesino iba a descargar su segundo golpe.

Y esta vez, la trágica parodia de un célebre cuento, pareció continuar su macabra trayectoria.

En esta ocasión el segundo capítulo de *Alicia en el País de las Maravillas*, fue el tema elegido por el asesino. El capítulo se titula «El charco de lágrimas…»

CAPITULO V

El Gato asomó su rostro en las sombras de la casa.

Era un diabólico rostro peludo, gris rayado. Unas verdes pupilas vidriosas, destellando siniestramente en la penumbra. Y unas manos negras, enguantadas, que se movían con agilidad fantasmal entre los cortinajes que ocultaban al intruso.

La casa era grande y destartalada, aunque rica en artesonados, panoplias y cortinajes, así como grandes vidrieras y armaduras medievales. Una sombra humana, furtiva y sigilosa, podía moverse por aquellas amplias estancias y corredores, confundiéndose casi con las densas zonas umbrías del lugar, sin dar constancia clara de su presencia.

La figura se desplazó sin producir el menor ruido, pegada a los altos muros de madera o protegiéndose en las rinconeras, tras las armaduras y cortinajes, en su marcha segura hacia algún punto determinado de la casona.

Ese punto debía de hallarse en la planta alta de la casa, porque la mirada verde y cruel del felino humano se clavó en los escalones que ascendían, entre las dos barandillas majestuosas, rematadas por gruesas esferas de mármol.

Pisadas suaves, aterciopeladas como las de un auténtico gato, condujeron al ser enigmático hasta el arranque mismo de las escaleras. Y comenzó a subir, mientras en lo alto se escuchaba el ruido de un grifo y el tarareo distraído de una tonadilla de moda.

El resto de la casa estaba envuelto en un silencio sepulcral, como si nadie, salvo la persona situada allá arriba, tras una puerta entreabierta por la que se filtraba la luz de gas, de un amarillo dorado, ocupara la vivienda.

El intruso sabía que no era así. Que una servidumbre formada por vanas personas de ambos sexos reposaba entonces en la lujosa residencia» amplia y rica, aunque anticuada y rancia, de Regent's Park.

Uno a uno, fue subiendo los escalones. No sólo no debía provocar la alarma del que se movía tras aquella puerta, sino tampoco la de los demás ocupantes del edificio, situados en el ala de servicio del mismo.

Llegó a la planta alta Una vez allí, extremó las precauciones. Lo espeso de la roja alfombra del corredor le ayudó en sus propósitos. Las piernas se flexionaban ágiles y seguras. Felinas pisadas conducían a aquel hombre de rostro de gato riente, en dirección a la iluminada rendija de la puerta.

Llegó ante esa puerta sin haber causado la menor alarma. Su mano enguantada se alargó, apoyándose en la hoja de madera. Dentro,

seguía sonando el grifo. Un chorro de agua caía en alguna parte, golpeando con fuerza Posiblemente en una bañera. El hombre que iba a tomarse el baño reparador seguía tarareando la cancioncilla popular. Parecía muy ajeno a que cualquier peligro pudiera acecharle en el interior de su casa.

La faz sonriente del siniestro gato humano se echó ligeramente atrás. Durante unos segundos, pareció esperar algo. Dentro de la habitación destinada al baño, cayeron ropas al suelo. Se escuchó un chapoteo.

El intruso empujó ligeramente la puerta. Lo justo para otear el interior. Pudo ver la figura desnuda de un hombre, de espaldas a él, introduciéndose en una amplia bañera casi llena de agua. El rostro de la máscara gatuna no podía alterarse, porque era sólo eso: una máscara cubriendo la verdadera faz de su dueño. Pero el brillo malévolo de los ojos humanos, protegidos por el vidrio verde de los falsos ojos felinos, casi dio la impresión de estirar cruelmente esa falsa sonrisa, en una mueca sardónica y feroz.

Luego avanzó con lentitud y en silencio, a espaldas del bañista. Este, bien ajeno a todo, se sumergía ya, acomodándose dentro de la bañera. Las manos enguantadas de negro se adelantaron hacia la cabeza del dueño de la casa…

Inesperadamente, este se volvió, quizás intuyendo algo anormal Sus ojos, desorbitados, se clavaron en la figura horrible que se alzaba ante él.

—¿Qué es esto? —gritó—. ¿Qué significa? ¿Quién es usted?

El gato humano no respondió. Su riente faz siguió inmutable. Pero las manos, no. Estas se hincaron rápidas en el cuello del otro, forcejeando con él, obligándole a permanecer dentro de la bañera.

Chilló, furioso, exaltado, el dueño de la casa. Era un hombre de gran fuerza física, y estaba dándose cuenta de que luchaba por su vida. Trató de atraer hacia sí a su enemigo enmascarado, pretendiendo arrojarle también dentro de la bañera.

No lo logró. El enemigo, con rapidez y eficacia, le zarandeó de tal modo que su cabeza fue a golpear el pesado grifo dorado de su lujoso baño. El bañista se quedó un momento aturdido, con la mirada turbia. Un hilo de sangre brotó de su corte en la nuca.

El intruso aprovechó ese instante para remachar su obra con rapidez y precisión. Se precipitó sobre su víctima, y la siguió golpeando contra el grito sin piedad. El hombre exhaló un grito ronco, trató de luchar, de desasirse de su atacante, probando a salir de la bañera. Pero sus pies descalzos resbalaron sobre el fondo de porcelana, y se desplomó, golpeándose todavía con más fuerza. Quedó medio inconsciente, y el felino humano aprovechó el momento para aferrar la cabeza del agredido y hundirla en el fondo de la bañera con

toda su energía.

Los forcejeos aumentaron, el manoteo del otro se hizo desesperado, y empezaron a brotar burbujas del fondo del agua. Pero, inexorable, el verdugo siguió presionando y presionando con toda su fuerza, manteniendo las manos dentro del agua, apoyadas en la nuca del hombre e impidiéndole emerger. El forcejeo duró algún tiempo. Pero cada vez más débil, como si las fuerzas del dueño de la casa fueran abandonándole paulatinamente. Y así debía de ser, porque también las burbujas eran mucho más escasas ya, prueba evidente de que el oxígeno contenido en los pulmones de la víctima iba llegando a su fin.

Finalmente, toda resistencia cedió. Ni una sola burbuja brotó ya. La quietud del atacado fue completa. Lento, muy lento, el verdugo soltó a su víctima, sin quitarle la mirada de encima.

El cuerpo flotó dentro del agua, con el rostro terriblemente deformado por el horror de la muerte en plena asfixia. Los ojos desorbitados, la boca convulsa, hablaban claramente de una muerte espantosa, lenta y angustiosa.

El hombre gato no pareció inmutarse lo más mínimo. Se inclinó, contemplando el cadáver. Luego, retrocedió lentamente. De su bolsillo, la mano enguantada, chorreante de agua ahora, extrajo algo que hizo pendular por encima de la bañera.

Era un ratón, al que sujetaba por la cola. Estaba muerto, y era de pequeño tamaño, de un color gris oscuro. Lo arrojó al agua, junto al cuerpo sin vida, y una risa hueca brotó bajo la máscara riente del Gato de Cheshire.

Luego, abandonó con igual cautela el cuarto de baño. La noche, las sombras y los viejos rincones de la casa señorial, engulleron su figura fácilmente. Ni siquiera era visible cuando se perdió en el exterior, a través de las espesas cortinas rojas y las vidrieras entreabiertas.

*

La muerte de lord Edward Wilkinson conmocionó a todo Londres.

Era una persona importante, rica y socialmente bien situada, además de tener una destacada personalidad política también. Los Bersford fueron un caso distinto. Wilkinson era muy apreciado en la alta sociedad londinense.

El hecho de hallarlo muerto en la bañera parecía inicialmente ser sólo el resultado de una desgraciada caída del hombre sumergido en el agua. Pero luego la policía empezó a hallar los indicios evidentes de una presencia ajena, que provoco la tragedia.

Primero fueron las huellas de pisadas en el suelo mojado del baño. Luego, la presencia del ratón flotando en la bañera. Y, finalmente, las señales de repetidos golpes en la nuca y occipital del difunto,

producidos por un insistente martilleo sobre el grifo, que nadie en su sano juicio podría efectuar por sí mismo.

—Aquí hubo alguien anoche —dijo el superintendente Wallace, apenas visitó el escenario del suceso, para supervisar los detalles del drama—. Esto pudo ser un asesinato…

Poco más tarde, Ian Laine estaba en la mansión de Regent's Park, examinando también el cuarto de baño de lord Edward. Contempló el cadáver, tendido ahora junto a la bañera, y cubierto por una manta empapada de agua. Alzó la tela y miró con ojos sombríos el rostro horriblemente desfigurado del noble.

—Parece imposible —comentó—. Ayer tan lleno de vida, cuando le visité… y hoy así. Debió de ser una muerte terrible…

Le volvió a cubrir, tras examinar minuciosamente los cortes de su nuca y occipucio, que habían teñido de un leve tono rojizo el agua de la bañera, todavía intacta.

Luego, centró su mirada en el ratón gris, de pequeño tamaño, situado sobre una tela blanca, junto al cadáver de lord Edward. Lo examinó cuidadosamente, sin tocarlo. Descubrió huellas de espuma en su hocico. Acercó la nariz. Un olor acre brotaba de la boca del ratón.

—Veneno —musitó—. Un raticida. No le mataron en el agua ni murió ahogado. Lo trajeron aquí envenenado, y lo arrojaron a la bañera ¿Por qué?

Se puso en pie. Recorrió la estancia, procurando no tocar los puntos donde la tierra del jardín, mezclada con el agua, había dejado huellas de barro muy leves. No tenía dibujo la suela. Parecían hechas con unos chanclos o cosa parecida. No les ayudaría mucho a averiguar la talla de pie del intruso que llegó hasta allí, sin duda para asesinar a lord Edward Wilkinson, dejando un ratón junto a él, flotando en el agua

El superintendente interrogaba ya a la servidumbre, pero Ian no se molestó en ello. Sabía que nada averiguaría a través de ellos que no pudieran aclarar las rutinarias preguntas de James Wallace. No era en el servicio de la amplia casa donde podría encontrar la clave de aquel crimen que, inconscientemente, asociaba con el anterior de que fueran víctimas los Bersford.

Había una razón concreta para ello: lord Edward también había estado en la India últimamente, y formaba parte del círculo de amistades de la pareja asesinada inicialmente, allá en Lahore. Por tanto, tenía que existir una relación entre ambos hechos.

Bajó a la planta inferior, donde todavía llegó a tiempo de ver al doctor King, médico forense de la policía, cuando se disponía a abandonar la casa. Le interrumpió un momento.

—Doctor, ¿qué puede decirme de la víctima? —le interrogó.

El forense se encogió de hombros, frunciendo el ceño.

—Poca cosa —manifestó—. Creo que le sujetaron en el interior de la bañera, hasta que se ahogó. Debía de estar medio inconsciente, con todos esos golpes y cortes en su cabeza. Hay señales de algunos hematomas en la garganta, prueba de que el agresor le sujetó primero con ánimo de estrangularle. Son huellas de dedos, evidentemente. Dedos fuertes, seguros de lo que hacían.

—¿Y la rata?

—No soy veterinario, inspector —sonrió tristemente el forense—. Pero yo diría que no se ahogó en la bañera. Estaba muerta al caer en ella. Envenenada.

—Gracias, doctor —suspiró Ian, asintiendo—. Pienso lo mismo. Huele a insecticida.

—¿Quién puede ser el maldito loco que ahoga en la bañera a un hombre y luego le tira un ratón dentro? —rezongó el médico caminando hacia la puerta.

—Tal vez ni siquiera sea un loco, doctor.

—¿Está seguro de eso? —dudó el doctor King—. Pues le compadezco, si los asuntos que ahora investigan ustedes son de semejante naturaleza. Parece cosa de locos.

—Sí, tiene usted razón —de repente, los ojos de Ian Laine brillaron excitados—. Cosa de locos. ¿Y dónde parecía haber más locos que en *Alicia en el País de las Maravillas*, donde la gente celebraba su No Cumpleaños, los gatos sonreían y los naipes de la baraja juzgaban a una niña acusándola de horribles delitos?

—Que el diablo me lleve, inspector, ¿qué diablos quiere decir con todo eso? ¿Es que usted también se ha vuelto loco?

—No, pero es posible que pronto lo esté —dijo amargamente Ian, frotándose el mentón con aire reflexivo… Todo depende de la marcha que lleven las cosas… Pero ahora sé por qué arrojaron ese ratón al agua, y también por qué ahogaron a lord Edward Wilkinson.

—Pues le felicito —masculló sordamente el forense entre dientes, saliendo disparado de la casa.

Ian Laine paseó por el vestíbulo de la residencia de lord Wilkinson, meditando sobré pensamientos que le asaltaban desde que la idea viniera a su mente. Masculló entre dientes, hablando consigo mismo:

—Otra vez… Otra vez el maldito cuento, el juego siniestro de ese asesino… ¿Hasta dónde piensa llegar? Parece seguir el orden de los capítulos, uno por uno Y si ello es así, la próxima vez le tocará matar de una forma relacionada con los animales que allí forman reunión… Cielos, esto es enloquecedor, delirante… y horrible a la vez. Pero la lista se reduce. Sólo quedan ahora cuatro personas… contando a Nathan Kendall, si es que ha vuelto ya a Inglaterra… Y estoy seguro de que uno de ellos es el asesino. Es más, juraría que creo saber *quién* es, de entre todos ellos.

*

Gart Kendall miró su reloj sin demostrar prisa alguna. Lo guardó luego en el bolsillo del chaleco, tras cerrar la tapa del mismo. Finalmente, miró a Ian Lame, erguido ante él, serio y ceñudo.

—Lamentable —dijo con calma—. Sencillamente lamentable, inspector.

—Más que eso, señor Kendall —replicó el policía —.

Es espantoso. Un pariente de ustedes, está muerto ahora. Como los Bersford.

—¿Por qué lo relaciona con ellos? A Edward Wilkinson no le envenenaron.

—No. Pero le asesinaron.

—¿Seguro? —Gart enarcó las cejas, clavando sus ojos en el joven.

—Seguro —sostuvo éste.

—¿Se ha confirmado oficialmente la teoría del asesinato?

—Sí. El criminal, evidentemente, no pretendió en ningún momento ocultarlo. Es más, creo que incluso deseaba que la muerte de lord Wilkinson no fuese considerada un hecho fortuito o accidental. De ahí su empeño en recalcar su relación con el segundo capítulo de *Alicia*.

—¿El segundo capítulo? —enarcó Gart sus cejas, interrogativo.

—Sí, señor Kendall. Cuando Alicia, tras haber crecido desmesuradamente, llora y su llanto forma un charco donde está a punto de ahogarse cuando disminuye de tamaño. Entonces nadando en su propio llanto, la heroína del cuento se encuentra con un Ratón, que nada como ella en ese charco. La alusión es clara en la muerte de su pariente. El asesino sigue cronométricamente los capítulos del relato original.

—¿De veras cree usted eso? —sonrió Gart, irónico.

—Estoy convencido de ello.

—Por tanto, cree que el culpable es un demente.

—No he dicho eso.

—Tendría que serlo, si usa un cuento infantil como motivo para escenificar sus crímenes, ¿no cree?

—Podría ser un loco… o una persona muy astuta y con un especial sentido del humor, como usted dijo una vez, señor Kendall.

—Sí, es posible —Gart se encogió de hombros y disimuló un bostezo—. ¿Por qué ha venido a contarme todo eso?

—Porque creo que usted mató a esas tres personas, Gart Kendall —dijo fríamente el joven inspector de policía.

El gesto de Gart no reveló emoción alguna. Ni siquiera asombro o escándalo. Luego, de pronto, se echó a reír. Como si hubiera algo divertido en la afirmación tajante de Ian Laine.

—Mi querido amigo, eso me resulta inconcebible en un policía

inteligente —confesó.

—¿Por qué?

—Si realmente sospecha usted de mí, está descubriendo sus cartas demasiado pronto. Si no es así, peca de una precipitación nada profesional.

—¿No va a protestar usted por mis palabras?

—¿Por qué habría de hacerlo? No me acusa de nada. Sólo sospecha de mí. Está en su derecho al hacerlo y no seré yo quien se lo reproche —soltó una leve carcajada—. Pero dígame, por favor, ¿tiene alguna evidencia de lo que dice, alguna prueba concreta?

—Usted sabe bien que no. En otro caso, habría venido a arrestarle, no a decirle lo que sospecho.

—¿Y por qué me lo dice? Eso podría ponerme en guardia, si yo fuese realmente el culpable.

—Lo es. Y trataré de demostrarlo, eso es todo aseveró Laine fríamente—. Ya ve que se lo advierto noblemente.

—Usted me sorprende, inspector Laine. ¿Por qué habría yo de matar a nadie?

—Cuando tenga el motivo, le tendré a usted. Estoy seguro de que es algo que sucedió en la India. Usted ha vuelto a Inglaterra no para olvidar su reciente pasado en el ejército colonial, sino para vengarse de algo.

—Aunque existiera ese motivo que usted dice, tendría que probar que yo maté a esas personas. ¿No cree que está arriesgándose demasiado al advertirme de sus intenciones? No podrá cogerme desprevenido… si yo soy el asesino, claro está.

—Sé que lo es. Eso es todo. La tarea es probarlo ante los tribunales.

—¿Va a arrestarme? —sonrió Gart, Irónico.

—No cometeré ese error… todavía —sonrió a su vez el policía—. Sabe que hasta que no llegue el momento no daré un paso en falso con usted. Le considero demasiado listo para precipitarme.

—Empiezo a pensar que, realmente, es usted un adversario más inteligente de lo que imaginaba. Siempre, claro está, desde el punto de vista de su hipotético criminal.

—Me halaga, señor Kendall. Pero eso no cambiará las cosas. Sé que ha decidido usted seguir adelante con esa farsa grotesca y horripilante que su imaginación ha creado para darle un aire entre fantástico y estremecedor a sus planes criminales. Tal vez influenciado por su afecto a su sobrina Alicia y por su afición a lo imaginativo, ha decidido seguir paso a paso un relato infantil usando sus capítulos como tema de los asesinatos que va cometiendo. Pero procuraré que no vaya demasiado lejos. No sé aún cómo lo haré, lo confieso. Su audacia y frialdad me impresionan y preocupan. Sin embargo, estoy seguro de conseguirlo alguna vez. Sólo deseo que no sea demasiado

tarde.

—¿Teme que se produzcan nuevas muertes? —sugirió Gart con tono curioso.

—Temo lo peor.

—Y para usted, Inspector… ¿qué es lo peor? —de nuevo flotó la sonrisa en labios de Gart Kendall.

—No lo sé —meneó la cabeza el joven—. No lo sé, señor Kendall. Tal vez ni usted mismo pueda saberlo Pero cuando el mal anda suelto, todo puede suceder, incluso lo imprevisible.

—Logra usted intrigarme, lo confieso —rió suavemente Gart con un brillo acerado en sus inescrutables pupilas—. Pero no me asusta.

—Supongo que no es usted una persona fácil de asustar —admitió Ian Laine—. Ni tampoco lo pretendía cuando le dije eso. Yo…

—¡Oh, tío Gart! ¿Te has enterado de las noticias? ¡Es algo espantoso…!

Se interrumpió la conversación entre los dos hombres. Ian giró la cabeza, apretando los labios. Gart enarcó las cejas, dibujando en su rostro una sonrisa cariñosa y dulce, que no parecía en absoluto fingida ni forzada, sino algo espontáneo, instintivo. Como si la llegada de Alicia, su sobrina, hubiese cambiado su persona toda, transformándole en alguien radicalmente distinto.

—Mi querida Alicia, sé a lo que te refieres —asintió tiernamente, tomando a la muchacha de ambas manos—. Lo he leído en los periódicos. Y el inspector Laine, nuestro viejo amigo, está aquí de nuevo, para hacernos unas preguntas…

—buenos días, inspector… —se volvió la muchacha hacia Laine, sonriéndole con cierto aire de preocupación y temor—. Pobre primo Wilkinson… ¿Cómo pudo suceder? El periódico afirma que es un asesinato…

—Mc temo que el periódico tenga razón, señorita Kendall —asintió con firmeza Ian Laine—. Estábamos hablando precisamente de ello su tío y yo, ¿no es cierto, señor Kendall?

—Muy cierto, inspector sonrió Gart con disimulado sarcasmo—. Era una charla muy interesante, por cierto.

—Pero ¿qué está ocurriendo en Londres, para que dos personas de nuestro círculo social, una de ellas incluso pariente nuestro, hayan muerto tan próximos entre sí, y víctimas de una mano criminal? —los ojos de Alicia, muy abiertos, eran como dos interrogantes fascinadoras —. Porque… no se tratará de la obra de una misma persona, ¿verdad, inspector?

—Mi impresión es que sí, señorita Kendall —suspiró Laine.

—Pero… pero los periódicos dicen que le ahogaron en la bañera, no usaron veneno…

—Nuestro asesino firma sus crímenes de un modo muy peculiar,

señorita Kendall, aunque utilice métodos diferentes. Nunca trata de ocultar que *es* un crimen. Y deja su firma en el escenario del suceso.

—¿Su… *firma*? Temo no entender… —pestañeó ella, sorprendida.

—La primera vez, fue un frasquito con una etiqueta. En esta ocasión, es el agua de la propia bañera… y un ratoncillo muerto flotando en el agua.

—Aún entiendo menos, inspector.

—*Alicia en el País de las Maravillas*, querida —terció su tío, sonriendo gravemente—. ¿Has olvidado el segundo capítulo?

—Las lágrimas… y Alicia nadando junto al Ratón… —exclamó Alicia Kendall. Cerró sus ojos y se estremeció—. Dios mío, es horrible…

—Horrible —corroboró el inspector—. Por la razón que sea, nuestro criminal ha elegido el tema de ese cuento infantil para cometer sus crímenes.

—¿Está loco acaso? —musitó Alicia, asustada.

—No lo sé —la mirada de Ian fue rápida al rostro de Gart Kendall, que cruzó con él sus ojos un instante, con cierto aire desafiante—. Tal vez ni él mismo lo sabe, señorita Kendall… Lo que ignoro es si piensa seguir el mismo orden de capítulos en lo sucesivo, o si se saltará alguno que no considere adecuado a sus propósitos.

—Si es como usted dice, él se ceñirá a cada capítulo por complicado que ello resulte, para probar su imaginación, inspector —sonrió Gart, suavemente.

—Sí, eso me temo —admitió Laine, clavando en él sus ojos.

—Por Dios, pero ¿de qué están hablando? —se horrorizó la muchacha—. Se refieren a ese criminal como… como si planeara cometer más asesinatos…

—Es muy probable que lo haga —asintió Laine.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué?

—Si supiéramos eso, estaríamos más cerca de la solución —se encogió Laine de hombros—. Me temo que, de momento, no hay respuesta para muchas preguntas, señorita Kendall.

—Creo que voy a dejarles —terció ahora Gart con tono cortés—. Yo he contestado ya a sus preguntas, inspector, y usted quizá prefiera interrogar a solas a mi sobrina. Después de todo, ustedes dos son jóvenes y pueden hablar en un tono diferente al habitual entre policía y posible testigo, estoy seguro de ello. ¿Me equivoco, señor Laine?

Ian tragó saliva, algo sorprendido por la insinuación de Gart. Este le sonrió con exquisita corrección, hizo una leve inclinación, acarició una mejilla de su sobrina, y abandonó la estancia con pasos suaves, que apenas si producían ruido en el suelo alfombrado de la estancia.

Mecánicamente, el inspector Laine pensó que así debía de caminar el asesino cuando entraba subrepticiamente en los domicilios de sus

víctimas…

Pero apartando de sí esas ideas obsesivas, trató de olvidar a Gart Kendall y centrar toda su atención en la bella y joven testigo que tenía ante sí y que le miraba con sus hermosos ojos bien abiertos, como fascinada, y aterrada a la vez, por la indirecta experiencia de estaba viviendo.

—¿Le quiere usted mucho? —preguntó.

—¿A tío Gart? —ella asintió con rapidez—. Mucho. Creo que es al familiar que más estimo, inspector. Tiene una conversación fascinante, una imaginación portentosa…

—De eso, estoy seguro —afirmó Ian con una ironía que a ella se le escapó totalmente—. ¿Le ha tratado mucho a lo largo de su vida?

—Muy poco. Desde los diez años no había vuelto a verle. Pasó todo este tiempo en la India, ya sabe. Ha sido un buen soldado. Pero su herida le ha hecho retirarse del servicio activo y volver a la metrópoli.

—¿Va a vivir con ustedes inhabitualmente?

—Oh, no, no. Eso me gustaría, pero tío Gart es de los hombres que viven poco tiempo quietos en un mismo sitio. Es inquieto y aventurero. Seguramente se marchará mucho antes de lo que yo quisiera —de repente pareció sorprendida, cambió su tono e interrogó a su vez a Ian Laine—. Pero ¿no iba a preguntarme sobre el asesino y no sobre mi tío Gart?

—Cierto. Perdone. Hablando con usted, señorita Kendall, me resulta duro mencionar asuntos criminales y recordar que yo soy un policía. Me hubiera encantado que nos conociéramos por otros motivos.

—Y a mí también —confesó ella espontáneamente. Luego pareció lamentarse de lo que había dicho, sus mejillas se tiñeron de rubor, y cambió de entonación otra vez—. Bueno, quiero decir que éste es un tema desagradable y penoso, aunque supongo que usted estará acostumbrado a cosas así…

—Uno nunca termina de acostumbrarse al delito, al crimen, a la muerte… —meneó Ian su cabeza con lentitud—. Señorita Kendall, como buena conocedora que es del cuento que el asesino parece haber elegido para motivo de sus crímenes, ¿podría decirme si ha hablado últimamente de su afición a ese relato con alguna persona de su familia?

—Oh, con varias —asintió ella, algo desconcertada por la pregunta —. Especialmente con tío Gart, naturalmente. A él no le gusta demasiado. Dice que hasta las más bellas narraciones infantiles pueden tener algo de perverso, de malvado, y ese cuento le resulta cruel en muchos aspectos.

—¿Eso dice su tío Gart? —Ian la contempló, tratando de no demostrar emoción alguna—. ¿Y sus demás parientes o familiares?

—Lo he mencionado a muy pocos. Mi madre es muy distraída y

muchas veces apenas si hace caso a lo que le estoy diciendo. Primo Harvey también está pensando en sus cosas, que casi siempre son las mismas: chicas, juego, diversiones nocturnas y todo eso. Pero al menos me escucha y hablamos de vez en cuando. Es el pariente pobre de la familia, cosa que parece humillarle un poco; pero aquí ninguno le tratamos con diferencia alguna al resto de los Kendall. ¿Por qué le interesa tanto nuestra familia, inspector? ¿Sospecha acaso de alguien? —indagó la muchacha de repente.

—No es eso, señorita Kendall —eludió vivamente el joven policía—. Sólo se trata de preguntas sobre un tema que me preocupa. Sus amistades son habitualmente las mismas de personas de su mismo círculo social, como los Bersford o su pariente, lord Edward Wilkinson. Me interesa todo lo relativo a ese círculo. ¿Ha hablado con amigas o amigos acerca de sus preferencias sobre ese cuento?

—No, creo que no —sonrió Alicia—. Mis amigos sólo pretenden hacerse novios míos. Y con mis amigas tenemos otros temas de charla, como los hombres, las modas y cosas así. Resultaría infantil hablar de ese tema, aunque no me avergüence en absoluto mi predilección sobre cierta clase de literatura, inspector.

—Cosa que me parece bien. ¿Conoce usted personalmente al coronel Silas Hawthorne?

—No. Ni creo que sea tentador conocerle. Tío Gart me habló de él. Es un hombre duro y violento. Un buen militar, pero un hombre desagradable, según sus palabras. No se llevaban demasiado bien en la India. Tío Gart era solamente teniente, y estaba bajo sus órdenes.

—Entiendo. ¿*Y* a sir Gregory Forresham?

—¿El periodista? Oh, sí, recuerdo haber hablado con él alguna vez. Es amigo de la familia. Y era bastante amigo de lord Edward.

—Lo sé. Estuve hablando con él en casa de lord Edward el otro día.

—Veo que le interesa todo el que estuvo en la India recientemente —apuntó sagaz la muchacha.

—Recuerde que se utilizó un veneno hindú con los Bersford —sonrió Lame—. Y que tres personas que convivieron en la India en un mismo círculo social han muerto asesinadas. ¿Sabe algo sobre el regreso de su primo Nathan Kendall, señorita?

—¿Quién pregunta por mí? —sonó una voz irónica en alguna parte.

Ian Laine se volvió, sorprendido, hacia la amplia puerta de entrada al gabinete de visitas de los Kendall. Alicia lanzó un grito de sorpresa.

—¡Nathan! —exclamó, al ver al rubio y esbelto joven de tez bronceada y ojos azules—. ¡Nathan Kendall en persona! ¡Ya has vuelto de la India!

CAPITULO VI

Nathan Kendall miró a la mesa ocupada por todos sus familiares. Gart era quien se sentaba más lejos de él, con expresión distante y facciones tensas. A sus dos lados, se acomodaban sus primos Alicia y Harvey, y enfrente su tía Katherine.

—¿Visteis qué cara de asombro puso el policía al oírme hablar? —sonrió Nathan con su tono de voz voluble y su fácil desenvoltura mundana—. Ni que hubiese surgido un fantasma o cosa parecida.

—Casi lo eres, Nathan, incluso para nosotros —apuntó irónico su primo Harvey—. Se te ve por aquí Ian de tarde en tarde…

—Ya sabéis cómo soy yo —rió Nathan sardónicamente—. No paro en ningún sitio. En eso me parezco a tío Gart, ¿no es cierto?

—Tú y yo no nos parecemos en nada, gracias a Dios, Nathan —cortó secamente Gart, sin alzar sus ojos del plato—. A mí no me han expulsado del ejército.

Nathan se mordió el labio inferior, y sus ojos azules destellaron con ira. Clavó su mirada en su tío, dejando el cubierto sobre el mantel.

—No eres muy diplomático que digamos —comentó glacialmente.

—Nunca lo he sido. Mi carrera fue militar; no diplomática, sobrino. Tú también pensabas ser militar de carrera. ¿Qué pasó para que renunciaras a tu puesto en Lahore? ¿Fue la alternativa que te dieron? ¿Una renuncia honrosa o una expulsión indigna?

—Algo así, tío Gart —admitió con cinismo el joven, ante el gesto escandalizado de su tía Katherine y de Alicia. Sonrió forzado, dominando su rabia—. Puesto que eres tan listo, tío Gart, no hay motivo para ocultar nada aquí. Llamemos a las cosas por su nombre. No me avergüenza haber salido del ejército por mi comportamiento licencioso y poco disciplinado. Soy todo lo contrario de ti, que obedecías ciegamente cualquier orden, por difícil *y* dura que fuese, todo en nombre de tu espíritu castrense y de la mayor gloria de nuestra reina. Su Graciosa Majestad Victoria de Inglaterra. Todos no somos iguales, tío Gart, ni yo tengo por qué dar a nadie cuenta de mis actos. Poseo mi propia fortuna, mis medios de vida, y no tenga nadie ante quien justificarme; ¿está eso claro?

—Por Dios, no disputéis aquí —rogó Katherine Kendall, alzando una mano, implorante casi, y con su sereno rostro ligeramente pálido y demudado—. No me gustan los enredos familiares ni los antagonismos personales. Gart, será mejor que no hieras sin necesidad a Nathan. Y tú, Nathan, tampoco tienes por qué mostrarte tan crudamente cínico. Creo que el saber esconder las cosas desagradables es una buena y prudente medida.

—Que no sirve para nada —replicó Nathan a su tía—. Si hay un

tumor, cuando está escondido crece y pudre a la persona que lo padece con mucha mayor rapidez que si está en la superficie.

—Tal vez. Pero no estaría de más que si existen esos tumores en la familia Kendall, se mantengan cuando menos silenciados, y cada uno trate de extirpárselo discretamente.

Las palabras de Katherine, suaves pero firmes, lograron el silencio en la mesa. De repente, el joven Harvey se echó a reír. Los demás le miraron, sorprendidos.

—Perdonadme todos —dijo el primo de Alicia, dejando reír—. Es que, a veces, hay cosas que no pueden por menos que divertirme. Aquí estamos todos, tirándonos a la cara nuestra íntima basura, mientras alguien, en Londres, va asesinando a nuestras amistades.

Yo me pregunto, primo Nathan si tú o tío Gart, que estuvisteis también en la india, podríais ser alguna de las próximas víctimas.

—Ese comentario es de muy mal gusto, Harvey, sobrino —le atajó Katherine con disgusto—. ¿También tú vas a lograr irritarme?

—Además, estás haciendo una triste sugerencia —terció Nathan, que de repente parecía haberse alterado bastante—. ¿Por qué suponer que habrá más asesinatos?

—De eso, todos parecemos convencidos —cortó fríamente Gart Kendall, cortando impasible su filete con el cuchillo de empuñadura de plata y letras de oro—. Incluso el inspector Laine, encargado del caso. Él está esperando a que el asesino ataque de nuevo, pensando que eso puede proporcionarle una pista o una evidencia…

Nathan miró a su tío en silencio. No dijo nada. Los azules ojos revelaron inquietud, acaso miedo. Luego se humedeció los labios lentamente, bajó la cabeza y si guió comiendo sin hacer comentario alguno.

*

El coronel Silas Hawthorne, del ejército colonial de Su Majestad, era la auténtica imagen del viejo militar rígido y dominado por su conciencia castrense.

Ian Laine le observó calladamente mientras servía las tazas de té sobre la mesita que les separaba. Era un hombre fornido, espigado, rígido como un sable, de cabellos muy blancos, patillas espesas, frondoso bigote marcial, con las guías levantadas, ojillos vivaces y duros, y una expresión férrea y solemne en su semblante rugoso, oscurecido por largos años de permanencia bajo el sol de la India o de Egipto.

—Sí, inspector Laine —confesó, tras haber servido las dos tazas de té, típicamente hindúes, sobre una bandeja de plata de artesanía también oriental—. Estoy realmente impresionado. Y muy preocupado

por esas muertes. Todos eran amigos míos. Excelentes amigos, por añadidura. Vivimos unos meses entrañablemente unidos, en una tierra extraña, lejana y hostil, donde la muerte acechaba a cada momento y los ratos agradables y en paz eran escasos. Sin embargo, han venido a morir aquí, en la metrópoli, en vez de sufrir la insurrección de los rebeldes de aquellas tierras, que desean liberarse de nuestra influencia y gobierno.

—Y han muerto asesinados, por añadidura.

—Nunca he olvidado ese detalle, inspector —le contempló gravemente—. ¿Leche, azúcar, limón…?

—Limón, por favor —esperó a que el coronel le sirviera, probó la infusión y pasó a continuar sus preguntas de ritual—. ¿No sospecha usted de nadie, coronel?

Hawthorne enarcó sus cejas, tan espesas como sus patillas y bigotes, y los ojos centellearon.

—¿Sospechar? ¿Quiere decir si imagino quien pudo desear la muerte de esas tres personas, inspector?

—Exacto, coronel.

—No, no se me ha ocurrido la idea. Primero pensé en un loco o un maníaco. Luego no he sabido que pensar. Cuando han matado a lord Edward, me he sentido confuso, aturdido. Y francamente asustado.

—¿Asustado? ¿Por qué?

—Porque no entiendo lo que ocurre, pero hay algo demasiado siniestro en todo ello. Además, yo fui amigo de todos ellos; nos encontramos en la India, y de allí procedía el veneno que mató a los Bersford. Podría ser yo también una víctima del criminal, ¿no es cierto?

—Muy cierto, coronel. Pero, en ese caso, ¿se ha parado a pensar *quién* podría tener interés en matarles a ellos… y a usted también?

—No, por todos los diablos. Ni lo he pensado, ni se me ocurre nada ni nadie que pueda explicar este horror.

—Hablemos de otras personas que formaban parte de su círculo de amistades en Labore, en un determinado momento, coronel Hawthorne —sugirió Laine—. Por ejemplo, sir Gregory Forresham.

—¿El periodista? Con él fue con quien menos amistad llegué a tener. Pero frecuentaba nuestras reuniones, es cierto. Un buen muchacho, aunque poco amigo de las armas. No congeniábamos demasiado. El sugería que todo puede arreglarse con medios pacíficos, no con la guerra. Yo pienso todo lo contrario, por convicción y por profesionalidad, inspector.

—Lo comprendo muy bien. ¿Nathan Kendall?

—Uf… —meneó la cabeza, con un ademán brusco de desprecio—. Un desastre como soldado. Y una lástima como hombre.

—¿A qué se refiere?

—No es valiente ante el enemigo. Es un pésimo soldado. Tiene malas notas en su historial. Siendo sargento se le degradó a cabo. Y ahí se quedó. Es un hombre sin escrúpulos. Un truhán y un cínico. Tuvo líos con la esposa de un oficial de Lanceros. Jugaba a naipes, pese a estar prohibido, y hasta se rumoreó que hacía trampas a veces. No, no era santo de mi devoción en absoluto. He oído rumores de que le obligaron a renunciar al ejército. Es lo mejor que podía suceder.

—¿Gart Kendall? —preguntó Ian Laine con lentitud.

Los ojos de Hawthorne pestañearon. Hubo en ellos un brillo duro, agresivo casi. Pero su tono al hablar fue reposado, lleno de serenidad.

—Un hombre difícil —dijo.

—¿En qué sentido?

—En todos. Excelente soldado. Pero necesitaba ser moldeado como tal. Tuve que ser muy duro con él lo admito. Creo que me detestaba por mi rigidez. Sin embargo hice de él un magnífico oficial. Ese sí se ha apartado de la milicia por una herida en combate, enfrentándose al enemigo valerosamente.

—Me está hablando únicamente del soldado. ¿Y el hombre?

Las cejas de Silas Hawthorne, subieron y bajaron antes de que él resoplara:

—Desconcertante.

—¿Un hombre desconcertante? ¿Por qué, coronel?

—Es difícil de explicar. Con sentido del honor. Pero despiadado con sus enemigos. Caballeroso y mundano, pero frío y cerebral como pocos. Capaz de sacrificarse por alguien, y a la vez muy capaz de destruir a quien odie, de modo implacable. Imaginativo, locuaz, buen conversador, excelente animador de reuniones, culto y educado. Sin embargo, a veces me preguntaba, escuchándole, viendo cómo todos se sentían fascinados por su magnetismo personal, si todo eso no es más que un barniz, una capa de pintura bajo la cual hay un hombre que desconocemos, un ser humano radicalmente distinto. Lo cierto es que, pese a sus virtudes, siempre tuve mis reservas hacia él, y nunca llegamos a ser buenos amigos, sino solamente jefe y subordinado.

—Muy interesante, coronel. Si yo le dijese ahora que una de esas tres personas es el asesino, ¿a quién señalaría usted?

—Pues… —vaciló, como si le resultara demasiado fuerte la sugerencia—. Eso es muy delicado, inspector. No puedo acusar a nadie No serla ético.

—No le pido que acuse a nadie, coronel —sonrió Ian—. Sólo una sugerencia. Me gustaría saber si coincidimos timbos. ¿Por quién apostaría usted en ese caso?

El coronel apretó los labios. Se atusó mecánicamente el bigote. Luego respondió escuetamente:

—Gart Kendall.

Ian Laine se puso en pie con un suspiro. Asintió despacio.

—Coincidimos, coronel —dijo—. Es más. Sé que es él quien los mató. Pero no puedo probarlo…

*

El Gato sonreía. Sonreía siempre, con las verdes pupilas de vidrio fijas en la víctima.

Sir Gregory Forresham contempló, aterrado, la grotesca figura que había emergido ante él de modo imprevisible.

—¿Qué es esto? —trató de preguntar con serenidad—. ¿Un baile de máscaras?

Una risita sibilante brotó bajo la cabeza peluda y gris del Gato de Cheshire, sin que la boca del felino dejara de sonreír. Las manos enguantadas sujetaban una caja oscura, herméticamente cerrada, pero dentro de la cual se agitaba algo, con vida. Algo que fascinaba y aterraba a sir Gregory Forresham, hombre rico, aristócrata y periodista por vocación, que había regresado de la India como corresponsal de guerra.

—Por el amor de Dios ¿es que es usted un loco? —jadeó Forresham —. ¿Qué lleva en esa caja y por qué me ha atado a esta butaca, maldito sea?

Los ojos humanos que le taladraban desde detrás de la doble pantalla de vidrio verde de aquellos falsos ojos felinos, eran imposibles de descubrir. El rostro de la máscara no revelaba otra emoción que la absurda sonrisa de un Gato de fábula infantil.

Todo había ocurrido tan deprisa, que Forresham no tuvo tiempo ni ocasión de defenderse de su agresor nocturno. Este había aparecido en su dormitorio, procedente sin duda del jardín, utilizando la terraza para entrar en la casa. Y llevaba en su mano un revólver, con el que le obligó a tumbarse boca abajo en la alfombra. Allí le ato su atacante, llevándole luego a la butaca, donde le aseguró con nuevas ligaduras.

Ahora parecía llegado el momento de representar el último acto del drama. Y Forresham tenía miedo. Empezaba a recordar los crímenes anteriores, la muerte de su amigo lord Edward, sólo dos noches antes. Y la de los Bersford, días atrás.

Allí, ante él, estaba un remedo grotesco, pero inquietante de un personaje ficticio, un gato que sólo existía en un libro de fantasía. El Gato sonriente de Cheshire. *Alicia en el País de las Maravillas*…

Tuvo un escalofrío. ¿Qué iba a suceder *ahora*?

El Gato empezó a quitar cuidadosamente la tapa de la caja siniestra, en cuyo interior se movía algo vivo, algo que sin duda significaba la muerte…

Luego, antes de desprender totalmente la tapa, el Gato fue rápido

hacia su víctima y, cuando ésta iniciaba un tremendo grito de horror al ver emerger el contenido de aquella diabólica caja, introdujo en su boca un pañuelo hecho una bola, atando luego otro pañuelo en torno a su cuello y boca. Era una mordaza perfecta. El grito se ahogó en la garganta del periodista. Un sordo gorgoteo escapó de sus labios inmóviles.

El Gato se alejó hacia la terraza nuevamente.

La caja tenía dos compartimentos separados entre sí. De uno de ellos, brotaron dos culebras pequeñas, negruzcas y escamosas. Del otro, un quinteto de gruesas ratas grises, de erizada pelambrera y malignos ojillos.

Serpientes venenosas de la India. Ratas voraces de las cloacas.

Un horror infinito, un pánico delirante invadió a Forresham. Su cuerpo se convulsionó, patético, entre las ligaduras, haciendo crujir la butaca a que se hallaba sujeto. El rostro se tornó una lívida mancha descompuesta, y los ojos se desorbitaron, mientras los gruñidos que dejaba escapar la mordaza se convertían en jadeos espeluznantes, muestra suprema del terror.

Cayó con su butaca al suelo, tal era su exasperación y furia al revolverse entre las férreas ataduras. Por la alfombra, se deslizaban las dos serpientes venenosas, raudas hacia el enemigo vencido e indefenso. Por otro lado, las ratas corrían, feroces, a morder la carne humana y hacer de ella su festín.

El Gato contemplaba la escena desde la terraza. Había cerrado la vidriera con rapidez, para evitar que los reptiles o los roedores de la muerte le atacaran a él. Ambos tenían suficiente con su víctima.

Los reptiles se encargaron de causar una muerte relativamente rápida y piadosa al antiguo corresponsal de guerra. Luego las ratas se precipitaron sobre el agonizante, y comenzó el horrendo festín.

Los incisivos de los roedores, voraces y sucios, se hincaron en la carne humana. La sangre saltó, corriendo sobre ligaduras y ropas.

El Gato se alejó por la terraza. Sabía cuál sería el final implacable para todos. Las serpientes habían inoculado su veneno al muerto. La carne de éste envenenaría las ratas de alcantarilla. Luego las culebras devorarían a las ratas. Y se cerraría el ciclo.

De debajo de su capa, el Gato extrajo un último objeto, que depositó en la terraza, justo ante la vidriera del recinto de la muerte.

Era una urraca disecada. Después echó a correr, salvó la balaustrada y cruzó el jardín, salvando luego la cerca enrejada del recinto propiedad de sir Gregory

En ese momento, el calesín doblaba la calle. Era un carruaje negro, con una farola colgando del pescante. Los caballos se encabritaron, relinchando ante la presencia del extraño ser.

—¡Jesús, un gato que ríe! ¡Un gato humano! —gritó con horror el

cochero, procurando controlar a los animales.

Luego la insólita figura se hundió en los setos del parque situado frente a la vivienda de sir Gregory Forresham. Del carruaje, asomó un rostro de hombre canoso, de bigotes frondosos y de guías erguidas, con aire marcial.

—¿Qué mil diablos ocurre, Peters? —preguntó con aspereza.

—Algo… algo increíble, coronel Hawthorne —declaró roncamente el cochero, sintiendo correr el sudor por su rostro—. He visto… he visto a un hombre gato.

—¿Estás borracho, Peters? —rezongó el militar, airado.

—No, señor. No he probado ni un trago esta noche. Los caballos se asustaron al verle. Era un hombre con cara de gato. Un gato que sonreía. Salió de la casa de sir Gregory, saltando la verja…

—¡Por todos los diablos, Peters, vamos a ver si eso es posible! Vamos deprisa a la casa de sir Gregory. Me temo algo horrible…

CAPITULO VII

—El Gato que sonríe… Ya apareció.

—¿Qué apareció inspector Laine?

—El asesino. El personaje siniestro de *Alicia en el País de las Maravillas*, trasplantado a una sangrienta realidad, señores. El Gato que ríe o sonríe. El Gato de Cheshire. Es el asesino.

—Dios mío… —se estremeció Alicia—. El Gato…

—Yo acerté, inspector, ¿recuerda? —sonrió fríamente Gart—. Dije que sería el Gato.

—Sí, acertó —Ian le miró duramente—. Le felicito. Es usted muy listo, señor Kendall. Mucho.

—No era difícil imaginarlo. Los gatos siempre han tenido algo de cruel, de maligno.

—Pero… *¿se* han cumplido las premisas para suponer que ese Gato, o lo que sea, mató a sir Gregory conforme al cuento de Carroll? —dudó Harvey Kendall, pensativo.

—Por completo. El tercer capítulo es éste —Ian sacó de su bolsillo un ejemplar encuadernado en color marrón oscuro—. Una carrera en comité». Evidentemente, hubo una estremecedora carrera hacia el hombre condenado a morir, en la que participaron dos clases de animales: los reptiles venenosos hindúes, que no aparecen en el cuento, y las ratas uno de cuyos representantes *sí* aparece en este capítulo, contando una historia con su cola. Por otro lado, el asesino dejó su firma en la terraza para que no hubiera dudas: una urraca disecada. La Urraca tiene un importante papel en esa escena del libro, como cualquiera de ustedes puede comprobar. Se dan todos los hechos: reunión de animales, carrera, la urraca… Sólo se le añade un factor espantoso: la muerte de un ser humano, envenenado por unos reptiles y devorado en parte por las ratas.

—Oh, cielos, qué espantoso… —gimió Alicia, muy pálida, apoyándose en un brazo de su tío Gart.

—Vamos, vamos, pequeña —la confortó éste, mirándola con vivo afecto y apretando calurosamente su mano—. El inspector está dramatizando algo, eso es todo. Ya te dije que no me gustaba ese cuento. Había en él algo siniestro que yo presentía…

—Al asesino tampoco le gusta —replicó glacialmente Ian Laine, sin quitarle la vista de encima al tío Gart—. Por eso lo utiliza para sus criminales fines. Está intentando dar a *Alicia* un sentido trágico y sangriento del que carece. El propio Gato es un personaje inofensivo y hasta filosófico y escéptico. Sólo la mente de un maníaco o de un ser capaz de odiar inexorablemente, puede convertirlo en asesino.

—¿Es seguro Que el cochero del coronel vio a ese monstruo? —dudó Nathan, que, muy pálido asistía a la reunión convocada por el

inspector Laine en casa de los Kendall aquella misma mañana.

—Y tan seguro. Los caballos se encabritaron. El crimen acababa de suceder Y el cochero no tenía motivo alguno para sugestionarse, puesto que nada sabía del asunto. Si él dice que vio a un hombre con cara de gato sonriente, es que lo vio. Ya sabemos, por tanto, el disfraz que adopta nuestro asesino cuando va a visitar a sus víctimas previamente elegidas.

—Ya quedan pocas, ¿verdad, inspector? —preguntó Gart, con expresión hermética.

—Muy pocas —asintió Ian—. El coronel Hawthorne, Nathan Kendall… y *usted.*

—Según esa teoría, dos de ellas son víctimas seguras. Y una podría ser el asesino de todos los demás —hizo notar Harvey agudamente.

—También cabe en lo posible, sobrinito, que las tres seamos víctimas, y el asesino nos haya marcado *a todos* por la causa que sea.

—Pero, ¿qué causa, tío Gart? —indagó fríamente Nathan Kendall, clavando los ojos su su pariente.

—Ah… —Gart se encogió de hombros, señalando con un gesto risueño al joven policía—. Eso tal vez pueda responderlo el inspector Laine; no *yo*, querido Nathan.

—El motivo es lo único que necesito saber —dijo sordamente Laine, frunciendo el ceño.

—¿Lo único? —se interesó vivamente Harvey—. ¿Es que sabe ya todo lo demás?

—Casi todo, sí.

—¿Conoce ya al asesino? —era Katherine quien preguntaba, asombrada.

—Sí. Y él sabe que le conozco —afirmó Laine con lentitud—. Sólo me faltan las pruebas para ir y decirle: «Señor X, le arresto por el asesinato de lord y lady Bersford, de lord Wilkinson y de sir Gregory Forresham…»

Había dicho esto parándose como casualmente ante Gart Kendall. El tío ele Alicia sonrió vagamente, sin decir nada. Laine siguió sus pasos tras un momento de quietud. Alicia le preguntó, con voz estremecida:

—Si no lo consigue pronto, inspector, él puede seguir matando a otros…

—Exacto, señorita Kendall —el inspector Laine la miró, asintiendo con lentitud—. No puedo hacer nada mientras no tenga la evidencia necesaria. Él también lo sabe, y juega con esa ventaja.

Por un momento, nadie atinó a decir nada en la sala. Se miraron unos a otros en silencio, como si de repente una vaga e indefinible sospecha se hubiera apoderado de todos ellos. Ian Laine se encaminó a la salida resueltamente.

—No les molesto más —dijo—. Tengo cosas que hacer en el Yard.

Les veré si hay alguna novedad. Buenos días.

Alicia se puso en pie espontáneamente, y se ofreció:

—Espere Le acompañaré I» la salida, inspector.

Salieron juntos hasta la misma puerta. En el vestíbulo, Alicia tomó por un brazo a Ian. Y le dijo de pronto, con voz apagada:

—Tengo miedo, inspector…

—¿Miedo? —él la miró fijamente, con cierta sorpresa—. ¿Por qué ha de temer usted nada?

—Soy Alicia, ¿no? —musitó ella—. Es como si eso me involucrase de alguna forma en este horror… El asesino podría… podría también atacarme a mí, asesinarme, para seguir con su horrible obsesión…

—No, espero que no sea así —la miró él dulcemente, con una mano en el picaporte—. Usted queda al margen de todo, aunque se llame como la heroína. Estoy seguro de ello. Nada de esto puede afectarla a usted.

—¿Cómo puede estar tan seguro de eso?

—Lo estoy, y es suficiente —sonrió Ian dándole alientos—. De todos modos, pasaré por aquí a menudo. ¿Eso podrá tranquilizarla, señorita Kendall?

—Sí, por favor. No deje de pasar cada día, aunque sólo sea un momento —suplicó ella—. Me siento tan segura al verle a usted… Ian. ¿Podemos ser… amigos?

—Lo somos ya —sonrió más ampliamente él, gratamente sorprendido ahora.

—Entonces, llámeme Alicia. Sólo Alicia. Yo le llamare Ian, si no le molesta.

—Al contrario. Me complace mucho. No sólo seré su amigo, sino su protector si hiciera falta, aunque estoy seguro de que no será preciso. Usted no puede peligrar. Lo presiento. Ahora, Alicia, buenos días.

—Buenos días, Ian —dijo ella, mirándole largamente a los ojos.

Y de modo inesperado, se empinó, besando los labios de él de forma fugaz. Después, con las mejillas arreboladas, corrió hacia las escaleras, subiéndolas con rapidez.

Ian Laine se tocó los labios con sorpresa y agrado, sonrió, y abandonó la casa. Apenas se cerró la puerta, la voz irónica de Harvey detuvo un instante a Alicia, que corría ya por los últimos escalones en la planta alta.

—Vaya, te das prisa en conquistar a la policía, preciosa —rió Harvey desde la puerta de comunicación con el gabinete—. ¿Es que temes que sospechen de ti y quieres coaccionar a la ley, querida prima?

—¡Oh, Harvey, eres odioso! —protestó ella, más roja todavía, desapareciendo en su habitación con un seco portazo.

Harvey Kendall volvió a reír entre dientes, meneó la cabeza y, con

expresión pensativa, regresó a la sala donde estaban reunidos todos los Kendall.

*

Nathan Kendall abandonó el teatro cuando se iban apagando las luces de gas en la fachada. Había entregado su ramo de flores a la primera bailarina. Susan Sanders, y había recibido de ella la promesa de verse al otro día para cenar juntos. Eso le complacía a] joven Kendall, recién llegado de la India. Su vida transcurría desde puchos años atrás entre aventuras galantes y conquistas más o menos fáciles. Tenía experiencia con las mujeres, y eso era la importante para él.

Caminó a buen paso hacia su carruaje, parado en la esquina inmediata al teatro. Lo había alquilado aquella misma tarde, para ir con él por todo Londres y tratar de olvidar ciertas cosas, entre ellas el horror que sacudía a la capital con las violentas muertes de importantes ciudadanos de su mejor sociedad.

No quería caminar en busca de un coche de punto, *y* menos en plena noche. No era aconsejable, después de lo sucedido a los Bersford, a Wilkinson y a Forresham. Alcanzó su carruaje, y subió a él con rapidez, dando al cochero una dirección.

Apenas había arrancado el vehículo, cuando lanzó una sorda imprecación y se dispuso a gritar pidiendo auxilio.

Había un hombre sentado en la oscuridad del carruaje, frente a él.

—No grite, señor Kendall —rogó una voz tranquila—. Soy Ian Laine, el inspector de Scotland Yard a quien conoció con motivo de esos tristes sucesos.

—¿Usted? —mascullló Nathan, recuperándose lentamente de su sobresalto—. ¿Qué diablos hace escondido en mi coche?

—Esperarle, señor Kendall

—¿Para qué?

—Quisiera hablar con usted a solas, lejos del hogar de su familia.

—Podrá hablar conmigo a solas cuando desee, a partir de mañana. No me gusta vivir en familia. Mc traslado a un piso nuevo, en Pall Mail.

—Será mejor hablar ahora. Cuanto antes encontremos el Gato que ríe, tanto mejor.

—¿Cree usted en esa fantasía de locos?

—¿Usted no? —sonrió Laine en la sombra—. Le noto algo asustado esta noche…

—Bueno, nada de lo que ocurre es agradable. Yo conocía a toda esa gente, recuérdelo.

—Lo recuerdo muy bien. Por eso estoy aquí ahora Dígame, Nathan; tiene que haber sucedido algo entre todos ustedes, allá en Lahore.

Ateo que explique los crímenes del Gato. Algo relacionado de alguna forma vaga y remota con *Alicia en el País de las Maravillas*… y con las víctimas de esta cadena sangrienta.

—Eso no tiene sentido. Allí leíamos de todo menos cuentos infantiles, inspector.

—La relación puede ser muy indirecta, muy lejana, ya se lo dije. Estamos ante un asesino frío e implacable, pero de fértil imaginación y exuberante fantasía Capaz, de imaginar, de crear algo espectacular y teatral para marco de sus horribles hazañas. Por alguna razón, todo ello tiene relación con la India, con ustedes siete, los que estuvieron allí, los que ahora están aquí… con la excepción de cuatro personas asesinadas. Y también con algo relativo a *Alicia en el País de las Maravillas*. Trate de recordar, de pensar. Es muy importante, señor Kendall. Para todos. Incluso para usted.

—Es que no se me ocurre nada. Allí todo fue trivial, simples reuniones sociales en momentos en que no había ataques rebeldes o disponíamos todos de tiempo libre. Eso no siempre sucedía, claro está. Sólo de vez en cuando, y no en todas las ocasiones estábamos reunidos los siete. Entre nosotros había algunas antipatías y cierta tirantez entre determinados miembros de la reunión. Creo que pocas veces estuvimos juntos la totalidad de los siete. La última vez en aquel cumpleaños, y creo que no volvimos a…

—*¿Cumpleaños?* —repitió Ian Laine con voz tensa—. ¿De quién, señor Kendall?

—De ninguno de nosotros. Era el cumpleaños de una buena amiga y anfitriona nuestra, lady Cavanaugh, viuda de Paul Cavanaugh, un general muerto en combate en las montañas del Nepal…

—¿Y estuvieron *iodos* ustedes? ¿Los siete?

—Sí —miró con extrañeza a Laine—. ¿Por qué insiste tanto en eso?

—Por el amor de Dios, señor Kendall; creo que lo hemos encontrado.

—Encontrado ¿qué?

—La relación, el motivo remoto… La fiesta de cumpleaños. ¿Ha leído *Alicia*?

—La verdad, no. Lo empecé una vez, y lo dejé. Me aburrían las florituras de Carroll… ¿Qué tiene eso que ver ahora?

—Quizá todo. En el libro hay una fiesta muy peculiar. No es un cumpleaños, sino una absurda merienda de No Cumpleaños. Alicia es invitada a ella y conoce a gente pintoresca, como el Sombrerero Loco y la Liebre de Marzo…

—Eso no tiene sentido.

—Para usted, quizá no. Pero al asesino ha utilizado esa farsa literaria para enmarcar sus crímenes. Porque en ese cumpleaños ocurrió *algo*, señor Kendall. Algo que quizá recuerde usted, algo acaso

trivial… pero que es el motivo de estos crímenes.

—Dios mío —Nathan miró con asombro al policía—. No es posible. No pudo ser algo tan tonto, lo que…

—Por el amor de Dios, termine lo que está pensando. Usted sabe algo. Ha recordado algo relacionado con esa fiesta de cumpleaños. Se lo ruego, cuéntemelo. Tal vez sea el motivo que estamos buscando.

—Pero entonces… el asesino sería… sería…

—Sé quién es el asesino. Sólo me falta ese motivo. Hable, señor Kendall, hable.

Nathan Kendall, muy pálido, asintió.

Y luego habló.

CAPITULO VIII

El coronel Silas Hawthorne apareció muerto aquella misma madrugada.

Exactamente a las cuatro de la mañana, un *policeman* avisaba al inspector Ian Laine» de parte del superintendente James Wallace, de Scotland Yard, con carácter urgente, sacándole de la cama súbita y casi violentamente.

Laine estuvo en poco tiempo de regreso en su despacho del centro policial, y de allí un carruaje oficial le condujo hasta el domicilio del coronel Hawthorne, donde él estuviera recientemente tomando el té con el viejo y severo militar colonial.

No había mucho que hacer en el escenario del drama. El coronel había muerto apaciblemente en su lecho. Aunque lo de «apacible» sólo fuese relativo, porque aunque yacía en su cama como si durmiera, el rictus angustiado de su rostro, la crispación de su boca bajo el blanco bigote marcial y la dilatación de sus vidriosas pupilas, clavadas en el vacío, sin ver ya nada de este mundo, hablaban de una dolorosa aunque rápida agonía.

Sobre el embozo, reposaban dos pastelillos de chocolate y *otro* mediado había caído de sus manos al suelo. No lejos de allí, una caja de pastelillos casi entera denunciaba el origen de los dulces que causaron su muerte.

El olor a chocolate no podía apenas disimular ahora el aroma a almendras amargas del pastelillo sin terminar. Ian Laine cambió una mirada con el forense, mientras los policías y expertos recorrían el dormitorio del viejo militar.

—Veneno otra vez —suspiró Ian, consultando con la mirada al médico—. ¿Me equivoco?

—Creo que no, inspector. La autopsia nos dará la seguridad absoluta. Pero esos pastelillos tienen todas las trazas de estar envenenados. Dice el mayordomo que su patrón era sumamente goloso.

—Lo sé. El otro día sirvió el té muy azucarado —asintió Laine, pensativo—. Supongo que no se sabrá quién envió esos bombones y pastelillos al coronel…

—No creo que nadie lo sepa, tal vez parecía obsequio de una dama, inspector. Me han dicho que en el mismo envoltorio iban unos guantes blancos, de cabritilla, y un abanico…

—Los guantes y el abanico —repitió Laine en voz alta, con ojos sombríos—. Es la firma, doctor.

—¿La firma de qué? —pestañeó el forense, sorprendido.

—Capítulo cuarto de *Alicia en el País de las Maravillas*. El Conejo le

pide a Alicia que le busque su abanico y sus guantes blancos. Alicia los busca, y al tomar un brebaje vuelve a crecer en exceso. Luego un pastelillo la devolverá a su diminuto tamaño, imprescindible para deambular por el País de las Maravillas.

—¿Esa locura? —el médico meneó la cabeza—. Lo leí en los diarios, pero imaginé que sería sólo una fantasía periodística, inspector. Resulta estremecedor que alguien utilice un cuento infantil para cometer semejante cadena de crímenes… Y siempre siguiendo el orden de sus capítulos… ¿Cuál sigue ahora, inspector?

«Consejos de una Oruga» —recitó de memoria Ian—Una Oruga azul fuma opio sobre la copa de una seta. Así es en el cuento. Veremos que horrible interpretación le da el asesino.

—¿El Gato que ríe? —dijo el médico con aire todavía escéptico—. Los periódicos están sacando mucho partido a esa historia de dementes. ¿No hay ninguna pista para dar caza al asesino?

—Doctor, le asombrará saber que *conozco su identidad y sus motivos*. Y, sin embargo, nada puedo hacer.

No tengo pruebas. Nadie admitiría mi historia como evidencia ante un juez y un jurado.

—Pero eso es espantoso…

—Espantoso, doctor —asintió Ian Laine, sombrío—. Esa es la palabra. Ahora trataré de encontrar algo en ese abanico y esos guantes. Aunque supongo que no sacaremos nada en claro de todo ello.

—El asesino parece darse prisa últimamente —hizo notar el médico —. Los crímenes van cada día más seguidos el uno al otro. ¿Existen muchas personas aún en peligro?

—Una sola —Ian Laine recordó algo de repente, y miró su reloj de bolsillo con excitación súbita—. Las cinco y media… Pronto amanecerá y la última víctima cambiará de alojamiento. Tal vez… ¡Dios mío, no! ¡No puede ser!

Se precipitó, congestionado hacia la salida de la residencia del coronel Hawthorne. El doctor King le interpeló, asombrado:

—Inspector Laine… ¿qué es lo que ocurre ahora?

—Usted lo ha dicho, doctor —jadeó Ian, sin dejar de correr—. El asesino va muy deprisa. Tal vez a estas horas este cometiendo su último crimen, burlándose por última vez de la ley, para cerrar su sangriento ciclo… ¡Dios quiera que llegue a tiempo!

La puerta sonó tras él. Un carruaje partió al galope de sus animales de tiro. El ductor King meneó la cabeza, perplejo.

—Todo el mundo parece estar loco aquí —manifestó, hablando consigo mismo—. Incluso el propio inspector Laine… ¿Qué bicho le habrá picado ahora?

*

Nathan Kendall despertó bruscamente.

¿Era imaginación suya o sonaba algo parecido a un silbido en el interior de su dormitorio?

Miró la puerta, que había cerrado herméticamente, tras apoyar un mueble en ella. La ventana, también cerrada y con los postigos asegurados. Seguía los consejos del inspector Ian Lame. Ahora él también sabía quién era el asesino. Y había tomado sus precauciones. No dejaría entrar a nadie allí. Absolutamente a nadie.

Y a su tío Gart, menos que a nadie. Ahora sabía que él era el asesino. El Gato que sonreía. El monstruoso criminal que estaba trazando con sangre el epilogo a un suceso casi olvidado, allá en Labore.

Pero entonces, si estaba solo en aquella habitación de la residencia de los Kendall ¿de dónde provenía ese extraño silbido y qué era lo que lo producía?

Se alegró de tener un arma bajo la almohada. A él no iban a sorprenderle como a los demás. Esperaba el ataque criminal, y estaba preparado a repelerlo, incluso violentamente, si era preciso.

Empuñó su revólver y se incorporó. Notó una rara pesadez de párpados, un sueño que intentaba vencerle. Un sabor agrio en su boca, le resultó incomprensible. Se puso en pie, y avanzó.

Sólo pudo dar unos pasos. Muy pocos. La cabeza le dio vueltas, experimentó violentas náuseas, y lodo giró en torno suyo con creciente rapidez. El sopor, unido a un martilleo sordo y brutal en sus sienes y corazón. La sangre parecía bullir en sus venas, y la pesadez se apoderaba de sus miembros.

—¿Que me… me sucede? —jadeó, entre balbuceos, tambaleándose torpemente.

De súbito, se desplomo de bruces. Golpeó el suelo secamente. Se agitó allí, notando que su aturdimiento crecía por instantes, y todo se borraba de sus pupilas. Aquel sabor acre y metálico en su boca penetraba ahora por sus fosas nasales violentamente.

Trató de forcejear contra aquella torpeza que le dominaba, y no le fue posible. Se agitó en el suelo. Y, de repente, sus ojos se tropezaron con el origen del silbido.

Un tubo penetraba en su dormitorio, junto a su cama, procedente de la tubería general de alumbrado de gas.

¡Gas!

Desesperado, frenético, agitándose de forma espasmódico, intentó salir de su paulatino desvanecimiento, de aquella pérdida de consciencia, que significaba fatalmente la muerte irremisible. No pudo hacer nada.

Con torpeza, con un último aliento vital inútil, logró jadear:

—Tío Gart… Asesino… Maldito… loco…

Y cayó de bruces. Se quedó inmóvil. El gas, sibilante, seguía invadiendo la habitación herméticamente cerrada, ni siquiera había llegado a advertir la presencia, en el suelo del dormitorio, de una hoja de papel deslizada por la rendija inferior de la puerta.

Una hoja de papel con una oruga pintada en tinta azul.

*

—Otra vez tarde, Dios mío —jadeó Tan Laine, muy pálido, contemplando con horror el cadáver de Nathan Kendall, muerto por emanaciones de gas.

La estancia, pese que Laine había roto la ventana con el impacto de un cenicero, tras romper la cerradura para entrar en la cámara trágica, olía fuertemente a gas todavía. Pero ya no significaba peligro mortal alguno. Se había cortado la llave de paso del fluido y la policía patrullaba ante la puerta de la lujosa mansión de Berkeley, en aquellas primeras horas de la mañana, a punto ya de amanecer en el neblinoso Londres otoñal.

Katherine Kendall era la única persona levantada. Muy blanca, sollozando apoyada en un muro, parecía a punto de desplomarse, igual que el propio Nathan, su difunto sobrino.

Ian la contempló fijamente, sin saber qué decir. Tenía entre sus dedos la hoja de papel con el tosco dibujo, casi infantil, de una oruga azul trazada con gruesas líneas de tinta.

—La firma del Gato que ríe —manifestó Laine—. Señora Kendall, lo siento. Este es el último crimen, sin duda. Pero me culpo a mí mismo por no haber llegado a tiempo de evitarlo. He tenido dos fracasos esta misma noche

—Cielos, resulta demasiado espantoso —se lamentó ella amargamente—. Mi propio sobrino, recién llegado de la India… Y ahora está ahí, muerto… ¿No pudo ser… un simple accidente, inspector?

—No, señora Alguien conectó un tubo a la línea general de gas de la casa, y lo introdujo en el dormitorio de su sobrino. Luego depositó este dibujo, como firma de su crimen. La Oruga Azul. Es el capítulo que corresponde ahora. La Oruga fumaba opio. Su infortunado sobrino absorbió un gas mucho peor que el humo del opio: gas letal. Es la forma que nuestro asesino tiene de interpretar los pasajes del cuento.

—¿Y ahora…?

—Ahora, queda el Gato que sonríe. El Gato de Cheshire: el criminal, en suma.

—Pero, ¿por qué, Dios mío? ¿Por qué esta espantosa matanza sin

sentido?

—Espantosa, sí. Pero sin sentido, no, señora. Tiene mucho más sentido del que parece. Por cierto, ¿por qué no se ha despertado su primo Gart?

—Él ocupa el más alejada del edificio, junto al dormitorio de Alicia. Tal vez tenca el sueño pesado. En cuanto a Harvey mi sobrino, hoy no duerme aquí. Se fue a su casa de campo, en Primrose Hill. Es lo único que le queda de la herencia paterna, tan escasa… Quiere habilitarla para venderla en breve…

—Por favor, señora Kendall, ¿puedo ir a despertar a su primo Gart?

—Por supuesto, si lo cree conveniente…

—Lo creo imprescindible, créame. Indíqueme el dormitorio, por favor.

Ella así lo hizo, acompañándole hasta el fondo del corredor de la planta alta, donde sólo había dos dormitorios contiguos. Ambos estaban cerrados.

—El primero es el de Gart—indicó Katherine Kendall—. El otro es el de mi hija Alicia…

—Gracias, señora. Yo llamaré —y avanzó decidido hacia la primera de ambas puertas.

Golpeó con los nudillos Una y otra vez, con resultado negativo. Nadie respondió a su llamada.

—Es raro —comentó la dama—. No puede dormir tan profundamente…

Ian encajó sus mandíbulas. Se dispuso a cargar contra aquella puerta. Pero no fue necesario. Apenas giró el picaporte con su mano, éste cedió, abriéndose la puerta sin dificultad alguna.

Perplejo, Ian extrajo su revólver y abrió lentamente la puerta, asomando al interior, ante la sorpresa e inquietud de la dueña de la casa. Apenas lo hubo hecho, lanzó una sorda imprecación de cólera.

—¡No está! —rugió— ¡No hay nadie en esa habitación, señora!

—No es posible. Él tiene que estar ahora durmiendo…

—La cama está deshecha. Pero no hay nadie —Ian meditó con rapidez. Su rostro se puso tenso. Dirigió la mirada, con repentina aprensión, a la puerta vecina. La voz le brotó ronca—: ¿Y su hija, señora Kendall? ¿Por qué no se despierta al oírnos?

—Es raro… —musitó la mujer, empezando a sentirse asustada—. Ella sí tiene el sueño ligero…

Ian no dijo nada. Avanzó sobre esa puerta y tampoco se molestó en llamar. Hizo girar el picaporte. La puerta se abrió sin problemas.

—Alicia… hija mía… —musitó Katherine Kendall, angustiada—. ¿Qué ocurre, inspector?

Este no respondió. Había entrado en la estancia dando luz a un fosforo. Reveló la cama revuelta, sin nadie en ella. La habitación

estaba vacía.

—Dios mío —musitó, lívido—. Es lo que me temía…

—Por Dios, inspector, ¿qué sucede? —va era terror lo que experimentaba la señora

Kendall—. Mi hija… ¿Qué puede ocurrirle?

—No sé… Ella confiaba en mí. Me pidió protección… Y yo no he sabido dársela. Pero esto no encaja. No puede ser. El asesino nunca la haría daño a ella…

—¿Qué es lo que está diciendo? —el rostro de su madre era una máscara de cera.

—A menos que… —Ian Laine se dirigió a la señora Kendall con decisión—. Señora, voy a hacerle una pregunta. Una sola. De ella depende la suerte de su hija, de modo que sea totalmente sincera, se lo ruego.

—Pregunte… lo que sea… —las lágrimas asomaban a los ojos de ella.

Ian Laine le hizo la pregunta. Y ella la contestó. Entonces, el joven policía lo entendió todo. Absolutamente todo.

CAPITULO IX

—Lo siento, preciosa. El drama va a terminar. Este es el telón final. Para ti, y para todos, *Alicia en el País de las Maravillas* va a pasar su última página…

Y una risa hueca, siniestra, brotó debajo de la máscara del Gato que ríe. Alicia, mortalmente pálida, retrocedió ante el hombre pato. La pared golpeó su espalda. Alargó sus brazos, y crispó las manos sobre la pared desconchada y polvorienta.

—¿Por qué, Dios mío? —sollozó angustiada—. ¿Por qué yo?

—Eres Alicia —rió la voz del enmascarado—. Tú abres y cierras la historia. Tiene que ser así. Será así. Y se cerrará el caso.

Alicia se estremeció. Miró al siniestro personaje, a su mano armada con el largo cuchillo situado cerca de ella, centelleando peligrosamente en el amanecer turbio y brumoso que apuntaba por el este, más allá de las sucias vidrieras cubiertas de polvo.

—Yo… yo nunca estuve en la India —gimió ella, desesperada.

—Claro que no. Eso les desorientará un poco. Pero cómo te llamas Alicia… todo encajará mejor o peor. La idea no fue mía, después de todo.

Alicia no dijo nada ahora. Por encima del hombro de su enemigo, contempló la figura caída en el suelo, inmóvil, como muerta. Tembló, presa de una infinita angustia, de un terror supremo.

—Tío Gart… —sollozó—. Tío Gart… Él no me haría daño. Nunca me lo haría…

—A ti, posiblemente no —rió la voz del enmascarado—. Pero mató ya a mucha gente. No le compadezcas. Es un asesino. Un enloquecido asesino, que fue demasiado lejos con su absurda idea de venganza…

—¿Qué venganza? —sollozó Alicia—. Tío Gart no pudo hacerlo…

—Sabes que lo hizo. Tú misma lo sospechabas ya. Vino a Londres para ello Tema que vengar a su mujer amada. La única a quien realmente amó en su vida: lady Priscilla Cavanaugh, viuda del general Paul Cavanaugh. Una hermosa mujer a quien conoció en Lahore Pero su fortuna *y* su honradez no eran tantas como él creía en un principio. Tenía problemas económicos. En sus reuniones, celebraban partidas de naipes con altas posturas. En la fiesta de su cumpleaños, en Lahore se celebró una de esas partidas. Tu tío Gart formaba parte de la misma. Y todos los que han muerto a sus manos. Las posturas alcanzaron un alto nivel ese día. La viuda Cavanaugh hizo trampas. No era la primera vez que obtenía dinero así, pero si fue la primera vez que se lo descubrieron. Fue Nathan Kendall quien levantó la liebre. Descubrió la trampa y acusó abiertamente a la viuda. Gart Kendall estaba loco por ella. Pretendía casarse incluso. Aparecieron dos ases que no formaban

parte del mazo de naipes normal. Y, de repente, cuando todos habían votado para que la señora Cavanaugh firmase una confesión admitiendo que hacía trampas, Gart fue un caballero andante y, ante la sorpresa de todos, se confesó culpable él.

—Tío Gart… siempre fue un caballero.

—Tu tío Gart fue un hombre extraño y contradictorio toda su vida, Alicia —rectificó duramente el Gato—. Una mezcla de caballero y truhán, de aventurero y de hidalgo. El caso es que logró conmocionar a todos, y firmó él la confesión, pidiéndoles que hicieran con ella lo que quisieran. Luego se marchó, procurando sufrir una herida en la primera escaramuza que protagonizó. Así tuvo pretexto oficial para darse de baja como oficial y marcharse de la India. Pidió a lady Cavanaugh en matrimonio. Ella le rogó que le diese un plazo para pensarlo, tras agradecerle su hidalguía y sacrificio.

E1 Gato hizo una pausa. Luego concluyó con voz sorda:

—Lady Cavanaugh tomó su decisión final. No sé si los miembros de aquella reunión de cumpleaños habían admitido como válida la historia de Gart, pero lo cierto es que todos mostraban claramente ahora su desprecio y alejamiento de la dama. Ella no pudo soportar esa situación, estando sola como estaba en un país hostil y lejano. Poco antes de regresar aquí tu tío Gart… ella se suicidó.

—Dios mío… —Alicia lloraba. Las lágrimas corrían por su rostro lívido.

—Gart sufrió una tremenda impresión. No perdonó a ninguno en su fuero interno. Y a su regreso decidió vengar a la mujer amada, víctima a su juicio de la intolerancia ajena. Y así lo hizo. La fiesta de cumpleaños en Lahore fue el prólogo de todo esto.

—La fiesta de cumpleaños… El No Cumpleaños de *Alicia*… —sollozó ella—. Pero eso tiene un sentido, aunque sea espantoso. Sin embargo, esto de ahora

—Tiene tanto o más sentido que lo otro, preciosa —se burló el Gato, avanzando hacia ella—. Al morir tú antes de ser mayor de edad… sólo quedo yo para heredar todos los bienes de los Kendall, ¿no lo entiendes? El sueño de toda mi vida de humillaciones y de pobrezas. Alicia…

Y despojándose con un ademán violento de su máscara de felpa con la faz sonriente del Gato de Cheshire, Harvey Kendall, el joven primo de Alicia, se quedó mirando a la muchacha, al tiempo que añadía con voz glacial:

—Ahora, primita, lo siento; pero ha llegado tu hora. Nadie, ni siquiera tu querido tío Gart, podrá salvarte la vida… Y él pagará este último crimen del Gato que ríe, no yo. Nadie sospechará nunca de mí, puedes estar segura…

Su mano armada fue al cuello de ella. Alicia chilló al ver

aproximarse la hoja de acero. Harvey la avisó indiferente:

—Puedes gritar lo que gustes. Esta vicia casa aislada de Primrose Hill está lejos de toda finca habitada.

Y todos saben que lleva años sin habitarse. Nadie acudirá a tus voces…

Alzó el cuchillo para hincarlo en la garganta de Alicia. Ella volvió a gritar roncamente, mirando con terror a su asesino.

En ese momento, Gart Kendall se recuperó de su desvanecimiento. Se había erguido cautelosamente en el suelo. Y aferró la pata de una silla, arrojándola violentamente contra su sobrino.

El mueble golpeó la cabeza de Harvey, que lanzó un grito de ira y, revolviéndose, se encaró con su tío Gart. Juste sangraba abundantemente de una herida en la cabeza, sufrida al ser secuestrado junto a su sobrina por el perverso Harvey Kendall.

—¡Maldito, te matare para que me dejes en paz! —rugió Harvey.

Y sin vacilar, tomó impulso y arrojó el largo y afilado cuchillo contra su tío, cuando ya éste se incorporaba tambaleante, para impedir la muerte de su sobrina.

Gart Kendall recibió la hoja de acero en pleno tórax. El cuchillo se hundió en su cuerpo hasta la empuñadura. Con un ronco estertor, Kendall retrocedió, aferró el arma con ambas manos, como intentando quitarse el acero del pecho, su boca se abrió, vomitando sangre, y cayó de rodillas, con ojos turbios, logrando articular unas pocas palabras:

—Harvey… canalla… No podrás… terminar con mi… querida… Alicia…

Se desplomó, agonizante, y Alicia, horrorizada, lanzó un prolongado chillido de pánico y echó a correr por la casa polvorienta y deshabitada, para dirigirse a la puerta de salida, con la que forcejeó en vano, mientras a sus espaldas el joven Harvey se movía, implacable, empuñando ahora el revólver que le quitara a su tío Gart cuando secuestró a ambos en la mansión de los Kendall, tras advertir la muerte de Nathan.

—Están cerradas con llave todas las puertas —rió duramente su primo—. No hay escapatoria, Alicia querida. Y esta vez, ya no puedes esperar ayuda. Tu tío Gart ya no existe… Este es el fin. Tu fin. Otro crimen del

Gato, dirá la policía. Y yo heredaré tu fortuna… Seré rico, como he deseado serlo siempre…

Apuntó a la cabeza de Alicia. Iba a disparar. Ella, demudada, temblorosa, ni siquiera cerró los ojos, contemplando aquel arma que iba a terminar con su vida.

El dedo de Harvey Kendall tembló en el gatillo…

*

Nunca llegó a disparar, por fortuna para Alicia Kendall.

El disparo de Ian Laine fue preciso. Bastó uno solo, pero no pudo disparar a la mano de Harvey porque la oscuridad de la casa deshabitada y la escasa visibilidad de la vidriera del abandonado jardín, no permitía advertir más que la pálida mancha del rostro descolorido de Harvey Kendall.

Y hacia allí disparó, porque el grito de Alicia le advertía de que la situación estaba en sus límites, y de su acción podía depender la vida misma de la muchacha.

Su disparo atravesó la cabeza de Harvey. Alicia contempló con ojos dilatados cómo la sangre corría por el rostro y cabellos de su primo, y de sus dedos escapaba el revólver, sin haber llegado a ser disparado sobre su víctima.

Cayó de bruces al suelo sucio, cubierto de polvo y mugre, justo a los pies de la muchacha, que de nuevo gritó, llena de horror, mientras los vidrios saltaban en mil pedazos, dando entrada en la vivienda a Ian Laine y dos agentes armados, que le seguían.

—¡Ian, Ian, gracias a Dios! —sollozó la joven, rotos sus nervios tras la dura experiencia vivida ante el asesino.

Y se precipitó en sus brazos, estallando en llanto, vencida por la emoción y por la tensión de los trágicos momentos vividos desde que, arma en mano, Harvey la secuestró, junto con su tío Gart, llevándose a ambos a aquella casa abandonada de Primrose Hill.

—Ian, mi primo nos secuestró a ambos. Tío Gart cedió sólo porque él le amenazó con matarme… Quiso salvarme… pero Harvey le asesinó… Tío Gart nunca me hubiera hecho daño a mí… Estoy segura, Ian. Él me quería…

—Lo sé, Alicia, lo sé —afirmó él, acariciando con ternura sus cabellos—. Siempre estuve seguro de eso… Pero ¿tú sabes ya…?

—Todo, Ian… —musitó ella—. Harvey sabía la historia completa. Pobre tío Gart… Fue monstruoso lo que hizo, pero tuvo un motivo hermoso, cuando menos…

—Sé todo. Nathan me lo contó. Y debió contárselo también a Harvey antes de morir. Así, éste supo lo que ocurría, y lo pensó en utilizar en beneficio suyo. Tú eres la heredera de los Kendall y él no tenía nada, ¿no es cierto?

—Sí, Ian… ¿Cómo puede un hombre intentar asesinar a su propia prima sólo por dinero?

—En el mundo, mucha gente haría cosas estremecedoras sólo por dinero, Alicia. Por desgracia, la vida no es un cuento de hadas. Tu propio tío Gart hizo de un bello sentimiento caballeresco y de enamorado una sórdida historia de horrores. Nadie puede convertirse

en juez y verdugo de las demás… Ahora vámonos de aquí, Alicia. ¿Seguro que no puede hacerse nada por tu tío?

—No… no creo. Harvey le lanzó un cuchillo al pecho…

—Está muerto, señor —informó un agente, viniendo del interior de la casa—. Y también ese joven al que usted disparó…

—Tal vez sea mejor así —suspiró Ian Laine—. Para tu madre y para ti, será mucho menos doloroso que conste oficialmente la historia de que Harvey era el único criminal de la familia, el que mató a tu tío… y a los demás.

—¿Harás eso por mí? —susurró ella, mirándole con intensidad.

—Sí, creo que sólo por ti. Querías demasiado a tío Gail para ensuciar ese recuerdo con una horrible historia de odio y de venganza. Ahora, vamos de aquí.

—Ian, no sé cómo agradecerte… —susurró ella, apretándose contra el joven policía—. Y ahora que todo ha terminado… ¿podré seguir viéndote, Ian?

—No creo. Tú eres una Kendall. Yo, sólo un policía…

—Ian, mamá es una mujer comprensiva y de amplio criterio. Eso no debe separamos.

—Somos de esferas sociales diferentes, Alicia. Eres rica. Yo no tengo nada. La mujer que llegue a ser un día mi esposa, tendrá que conformarse con lo que yo gane, no con sus medios de fortuna.

—Será maravilloso, Ian; estoy segura —suspiró sin quitarle los ojos de encima, mientras se alejaba de la siniestra casa donde les llevara Harvey para realizar su astuto plan criminal—No me importará que sea así. Tú llegarás lejos, serás un buen policía, el mejor de toda Inglaterra. Y me podrás tener dignamente…

—Todo eso son sueños, Alicia. Ni llegando lejos es una carrera bien pagada la de policía, Alicia.

—No me importará nada estando a tu lado. Ian… Creo que no podré ya vivir sin verte. Sin saber que nuestra amistad puede ser pronto algo más.

—Hablaremos de eso otro día, Alicia, cuando todo esto haya quedado atrás.

—Si, Ian. Pero has de prometerme que vendrás a verme cada día. Prométetelo.

—Tienes mi palabra —sonrió él, inclinándose y besando sus cabellos, su frente—. No faltaré. Día tras día. Aunque sea un momento, iré.

—Te estaré esperando, Ian —y le tomó el rostro, buscando sus labios.

Los encontró. Besó a Ian Laine, su salvador. Su amigo. Tal vez pronto, algo más. Y con el tiempo, mucho más.

Alicia había regresado de la pesadilla. Y tal vez ahora era cuando,

realmente, intuía en su vida, en su futuro, un nuevo país de maravillas.

El país maravilloso del amor. Sin sombras de muerte. Sin terror. Sin el rostro aterrador de un gato que ríe…

FIN

[1] Así denomina al tigre el escritor Rudyard Kipling en su obra El libro de la Selva, que recoge muchas de las costumbres, leyendas y fábulas de la India, vertidas al libro en una transcripción colorista e imaginativa del que sería luego, en 1907, Premio Nobel de Literatura. (N. del A.)

[2] «Drink me»; Bébeme, en inglés.